PLACER

Poesía / Literatura / Arte / Conocimiento / Erotismo / Rarezas

Nº 5, INVIERNO 2017

PLACER ES:

Placer es la revista de la asociación La Mordida Literaria. Placer sigue siendo la obra de unos fanáticos que recitan mantras de tres palabras de forma compulsiva. Aunque ahora es: hijos de puta, hijos de puta, hijos de puta. Placer es irremediablemente endogámica, de naturaleza conservadora y de artificio progresista. Placer es una vaca viendo pasar un tren. Placer es un tren que no sabe de vacas. Placer es escrotal y marsupial en verano, fanáticamente nudista en invierno. Placer es ignífuga y exotérmica, una chimenea en la cual los deshollinadores bailarines se abrasan y son devueltos al celuloide convertidos en humo y cenizas. Placer es un pequeño gatito cubierto de gotas de lluvia aplastado por un pony comiendo regaliz; todas ellas cosas que lo hacen feliz. Placer es nocturna y dormilona, y sin embargo ha madrugado todos los días del crudo invierno para ver amanecer en el horizonte. Placer es una cazadora furtiva y cual guepardo se agazapa en la maleza para capturar los astros celestes. Placer es mercuriana, micromagnánima y de infancia mercrominiana. Placer es universal, de un solo verso: Placer número 5, por el culo te la hinco.

PRÓLOGO

Nadie lo pronosticó. De hecho, nadie dedicó ni un segundo a hacer ningún elemental cálculo estadístico. Y sin embargo, Placer ha cumplido su primer año de existencia.

Existencia

¿Qué es la existencia? Ya…, empezar este número con una pregunta tan de cuñadismo filosófico es todo un mazazo. Pero no se preocupen, pueden recuperar en un momento el último número dedicado a Kafka y encontrar una somera explicación sobre Existencialismo en uno de los primeros artículos. Aunque en verdad no es necesario. El motivo para referenciar dicha explicación radica en verdad en señalar al que ha sido uno de los artífices de este número, nuestro Casi-Editor Invitado (CEI). Bueno, cabe decir que al principio el CEI se negó en redondo a formar parte del Consejo Editorial. De hecho, no solo no quería ser EI, sino que incluso no estaba de acuerdo con dedicar el número a Vázquez Montalbán, uno de sus escritores fetiche. «Montalbán no es placerificable», argüía, «O más bien, Montalbán ya ha sido placerificado antes», insistía, «Montalbán no se puede placerificar más», casi gritaba. Palabras estas –originalmente derivadas de Placer– que por cierto, celebramos que acuñara en esos momentos de tensión nuestro entrañable CEI. Luego, lanzamos distraídamente nuestras redes y, claro, se enredó sin remedio. Lo vimos boquear con la certeza que desde ese instante nuestros destinos, y los suyos, estarían unidos por este tiempo que nos ha tocado vivir. Por cierto, después de no aceptar su dimisión hasta tres veces, lo destituimos hace unos pocos días de forma fulminante.

Tiempo

¿Qué es el tiempo? Ya…, seguir con este híbrido entre el discurso del ya nombrado cuñadismo filosófico y el debate sobre física teórica de amateurs cocidillos es osado. Pero es el tiempo desde que murió Vázquez Montalbán el que pesa. Y que nos aspen ahora mismo si este no es el mejor lugar para dejar constancia de las cosas que nos pesan. Hablar es siempre hablar de uno mismo, máxima que en esta entrega de Placer se sublima hasta desparramarse por los extrarradios donde habitamos. Lugares estos que Vázquez Montalbán describió con precisión quirúrgica. El conocimiento del medio, nuestro medio, que demostró en toda su obra despierta nuestros instintos intelecsexuales inefablemente. Por lo que al fin ya se ocupó el bueno de don Manuel Vázquez Montalbán, Manolo para sus amigos, de digerir por nosotros la existencia y el tiempo, amén de toda clase de infames comilonas carentes de metáfora, para excretar a través de su pluma un producto de celebrada destilación. Nosotros simplemente lanzamos la piedra y escondemos la mano, como siempre. Y aun así, ahora, todos estamos razonablemente contentos del resultado, saciados tras enfrentarnos a nuestros fantasmas, en el sentido más comunitarista, por cierto. Y si no es victorioso el término más adecuado que adjudicarnos, quizás sí que podríamos hablar, al menos, de cierto refuerzo para con nuestra propia nada o las cosas que nos pesan, como el tiempo que pasa o la propia existencia; menguada por ejemplo por la repentina pérdida de autores como este al que dedicamos el presente número. En nuestros días, donde matar al padre es cosa de dogma, nosotros nos sentimos huérfanos y estafados. Pero vamos haciendo, no se crean, y ya tenemos un nuevo escritor placerificado.

¡Montalbán vive, la literatura sigue!

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

UNA GASTROBIOGRAFÍA

MENÚ
Recorrido por los escenarios, obras y platos de Montalván/Carvalho.

APERITIVO: el origen

– Pan con tomate, tortilla en escabeche, calamares a la romana, buñuelos de bacalao, salteado de setas, copa de cava
– Casa Leopoldo, Can Lluís, Ca l'Isidre, La Boqueria, Boadas
– Punto de partida: barrio chino, el Raval, las Ramblas

«[El pan con tomate es] una maravilla imaginativa que supera en simplicidad y sabor a la pizza de tomate.» - M. V. Montalbán
«Sherlock Holmes tocaba el violín. Yo cocino.» - Carvalho en *Asesinato en el Comité Central*

Manuel Vázquez Montalbán nace el 14 de junio de 1939 y se cría en la plaza del Pedró, en el corazón de lo que en aquel entonces se conocía como el «barrio chino» de Barcelona, un gueto mestizo, canalla e insalubre que con el tiempo devendría el ahora modernizado, y adulterado, Raval. Hijo ilegítimo de un gallego militante del Partido Socialista Unificado de Cataluña y una modista de la ciudad condal, este galaico-catalán no conoce a su padre hasta los 5 años, cuando este sale de la cárcel. Similar trayectoria recorre él mismo, cuando, después de iniciarse en el Frente de Liberación Popular, se inscribe en el PSUC, estudia Periodismo y Filosofía y Letras en la Universidad de Barcelona —donde conoce a la historiadora Anna Sallés, su esposa para toda la vida— y en 1962 es condenado a tres años de prisión por asistir a una huelga en favor de los mineros asturianos. Un indulto por la muerte del papa Juan XXIII le reduce la pena a la mitad, pero él ya ha aprovechado esos dieciocho meses de reclusión en la cárcel de Lérida para escribir su primer libro, *Informe sobre la información*. Este punzante ensayo sigue siendo considerado a día de hoy uno de los mejores estudios sobre el periodismo publicados en España. Un debut que es toda una declaración de intenciones, y una labor ensayística y crítica que prolongará a lo largo de toda su vida, con obras fundamentales como *Manifiesto subnormal* (1970), *Joan Manuel Serrat* (1972), *El libro gris de Televisión Española* (1973), *Los demonios familiares de Franco* (1978), *Crónica sentimental de la transición* (1985), *Contra los gourmets* (1985), *Panfleto desde el planeta de los simios* (1995), *Pasionaria y los siete enanitos* (1995), *Un polaco en la corte del rey Juan Carlos* (1996), *El escriba sentado* (1997), *Marcos: el señor de los espejos* (1999) y la obra póstuma *La aznaridad* (2003).

Considerado por muchos uno de las voces más autorizadas del final del franquismo y de la transición española, Vázquez Montalbán retrata a casi todos sus protagonistas —de Juan Carlos a Josep Tarradellas, pasando por Adolfo Suárez, Felipe González y Jordi Pujol—. Pero más allá de los grandes nombres, la suya es también una crónica viva de las sensibilidades colectivas de la época.

ENTRANTE: inicios periodísticos

– Arroz a banda, berenjenas a la crema, *fideuà*, bacalao al pil-pil, patatas a la riojana, chorizo a la sidra.
– Casa Solé, El Senyor Parellada, Set Portes, El Passadís d'en Pep.
– Apertura: la Barceloneta, barrio gótico

«A él le van los platos hondos, y si bien entre lo crudo y lo cocido elige lo cocido, entre lo dulce y lo salado se decanta por lo salado, prueba evidente de primitivismo, que impide homologar el paladar de Carvalho según los cánones del refinamiento.» - Montalbán en el prólogo de *Las recetas de Carvalho*

Vázquez Montalbán se inicia en la labor periodística a los dieciocho años con pequeños encargos para editoriales como Larousse y Espasa. Tras un variopinto periplo que lo lleva a escribir para el semanario antifranquista *Siglo XX*, la revista *Hogares Modernos* o la prestigiosa publicación *Triunfo* (donde debuta bajo el seudónimo de Sixto Cámara con la serie de artículos «Crónica sentimental de España»), a mediados de los ochenta entra como columnista en *El País*, donde escribirá hasta su muerte. Cultiva con maestría todos los géneros del periodismo, desde las formas tradicionales —viñeta, sátira, retrato o parodia— hasta los reportajes clásicos de más envergadura —como el que realizó en Chiapas sobre el subcomandante Marcos y la guerrilla zapatista—, los cuadernos de viaje —material que utilizará para ambientar y alimentar su producción narrativa— y la crítica gastronómica, campo en el que se consolida como uno de los cronistas más interesantes de nuestro país. Amante de la buena comida, erudito gastrónomo, crítico irónico y burlón, canaliza literariamente su pasión por la cocina y el buen comer a través de la crítica, pero también de su obra narrativa, sobre todo gracias a ese buen comedor, cocinillas y gastrónomo global que es su alter ego, Pepe Carvalho.

Ferran Adrià, genial chef de El Bulli —el restaurante que revolucionó la cocina en nuestro país, considerado el mejor del mundo en aquel entonces, y que el escritor visitaba anualmente—, diría de él: «Manuel Vázquez Montalbán era de los pocos, por no decir casi el único, intelectuales de la cocina, […] hizo posible que la cocina tradicional y la contemporánea convivieran sin problemas en este país […]. Fue la primera persona que habló de lo que estábamos haciendo calificándolo de "cocina de investigación". […] Era admirable, ya que no sólo en cocina, sino en todo, tenía una gran capacidad de análisis y de anticiparse al futuro».

PLATO FUERTE: poética y narrativa

– Rabo de buey estofado, *fricandó*, pies de cerdo a la catalana, filetes de buey con salsa de foie y trufa, *olleta d'Alcoi*, fabada, *caldeirada* gallega
– Neichel, Can Gaig, El Racó d'en Freixa, Botafumeiro, Carballeira
– Consolidación y bienestar: Eixample

«Carvalho es gastronómicamente ecléctico. He aquí su única connotación posmoderna. La base de sus gustos la forma una materia esencial: el paladar de la memoria, la patria sensorial de la infancia. Por eso sus gustos fundamentales proceden de la cocina popular, pobre

→

e imaginativa, de España. […] Nuestro hombre integra cocina catalana, cocina de autor de distintos restauradores de España y de diferentes extranjerías gastronómicas.» - Montalbán en el prólogo de *Las recetas de Carvalho*

El nacimiento de su único hijo, Daniel, en 1966 coincide con el estreno de Vázquez Montalbán en el que sería su «oficio» más amado: el de poeta. *Una educación sentimental*, su primer poemario, se publica en 1967, seguido de *Movimientos sin éxito* en 1969. Años más tarde, la antología *Memoria y deseo* recogerá su abundante obra poética, una obra impregnada de ese mismo sentido lúdico, esa misma ironía y carga crítica que caracteriza el resto de su producción. Después ya solo publicará *Ciudad*, en 1997, y la antología de poesía erótica en 2001.

Escritor prolífico e incansable, hace paralelamente su primera incursión en la narrativa con la novela *Recordando a Dardé* (1969), y en 1972 publica *Yo maté a Kennedy*, que supondrá el inicio de la serie protagonizada por el detective privado Pepe Carvalho, su personaje más popular, y que lo convertirá en todo un referente de la novela negra española e internacional. *Tatuaje* (1971), *La soledad del mánager* (1977), *Los mares del Sur* (1979), *Asesinato en el Comité central* (1981), *Los pájaros de Bangkok* (1983), *La rosa de Alejandría* (1984), *El Balneario* (1986), *Asesinato en Prado del Rey* (1987), *El delantero centro fue asesinado al atardecer* (1988), *Sabotaje olímpico* (1993), *Roldán, ni vivo ni muerto* (1994), *Quinteto de Buenos Aires* (1997) son algunas de las novelas más conocidas de esta serie emblemática a través de la cual Montalbán también nos legó una crónica sociopolítica, histórica y cultural de las últimas décadas del siglo XX.

La voluntad del escritor de testimoniar la realidad social de la época se expresa con idéntico ímpetu en otras obras destacadas como *El pianista* (1985) o *Los alegres muchachos de Atzavara* (1987).

«Como periodista, me preocupa cuando escribo novelas la impresión de veracidad. No de verosimilitud, porque no tiene nada que ver lo verosímil y la literatura», diría en una entrevista poco antes de morir. Por ello, antes de lanzarse a recorrer el mundo, su prosa clara e incisiva se muestra fiel a su origen y a su queridísima Barcelona natal, a la que Vázquez Montalbán retrató en muchísimas de sus obras, que dibujan un paisaje literario rico en rincones y personajes claramente identificables con la ciudad condal.

POSTRE Y COPA: premios y reconocimiento internacional

- *Tortell*, *suflé* y *pisco sour* (pero también *sashimi*, *fondue* a la vietnamita, asado argentino…)
- Pastelería Casa Foix, El Celler de Can Roca, El Bulli… y de ahí a la «extranjería gastronómica»
- Globalización: viaje culinario por el mundo

«Amó Manolo la cocina de vanguardia, planeaba con Ferran Adrià una nueva fisiología del gusto, casi dos siglos después de la de Brillat-Savarin, y sus cenizas fueron esparcidas por Cala Montjoi como cebo para las langostas de Cap de Creus.» - Prólogo del periodista gastronómico Pau Arenós para *Carvalho Gourmet*

PLACER

En 1979, *Los mares del Sur* es galardonada con el Premio Planeta. Este reconocimiento le concede el privilegio de una mayor libertad a la hora de plantear su carrera literaria. Eso, sumado a su enorme y reconocida capacidad de trabajo, su curiosidad desbordante y su voz crítica, da lugar a obras de madurez más arriesgadas y ambiciosas. Es el caso de *Galíndez* (1991, Premio Nacional de Narrativa y Premio Europeo de Literatura), de la monumental *Autobiografía del general Franco* (1992), de *El estrangulador* (1994, Premio de la Crítica) así como de las ya mencionadas *El pianista* y el *Quinteto de Buenos Aires*. Mención aparte merece su última novela (excluyendo la serie Carvalho), *Erec y Enide* (2002), en la que da otra vuelta de tuerca a su concepción del género y se sumerge en las profundidades de la esencia humana para reflexionar, con un tono mucho más intimista y lírico, sobre el amor, la responsabilidad y la decadencia del ser.

Al Premio Planeta le suceden numerosos galardones tanto nacionales como internacionales, entre ellos el Premio Nacional de las Letras, el Premio Ennio Flaiano, el Premio de la Crítica de la antigua República Federal de Alemania y el Premio Recalmare de Italia. En 1995 recibe finalmente el Premio Nacional de las Letras Españolas en reconocimiento a toda su obra.

Vázquez Montalbán es un escritor incansable, desconoce el reposo, y con el paso de los años su salud se resiente. En la década de los noventa es sometido a varias operaciones de corazón. Qué duda cabe de que su frenética actividad, sus incontables viajes y su indomable afición por la comida no ayudan… Como él mismo reconoce, «todo lo que es bueno para mí, es malo para mi salud». Asidua a su casa en el Empordà, donde Montalbán cocina para sus amigos, Maruja Torres se plantea llevar «lechuga en el bolso para ir a esnifarla en el váter, porque todo era superrico, supercaro y muy proteico, porque era *gourmand* y *gourmet* como reflejo de una infancia en la que faltó hasta lo más necesario».

Carvalho no le va a la zaga. Cada vez más cosmopolita, más allá del pan con tomate que compartía con su novia Charo en un mesón de Sant Cugat en *Tatuaje*, o de las albóndigas del Egipte, en plenas Ramblas barcelonesas, con las que se deleitaba en *Los mares del Sur*, ahora disfruta con las delicias más sofisticadas de El Celler de Can Roca, con una exótica *fondue* a la vietnamita en *Los pájaros de Bangkok* y hasta con la cocina china —según él, «La más dietética de todas. Es sabrosa y no engorda» (*Los mares del Sur*)—.

En octubre de 2003, tras una gira por Australia y Nueva Zelanda, Manuel Vázquez Montalbán fallece a consecuencia de un paro cardíaco mientras hace escala en el aeropuerto de Bangkok (Tailandia). Lleva consigo las galeradas de *Milenio*, la última de sus novelas protagonizada por Pepe Carvalho y que se publicará de manera póstuma en 2004 (treinta años después de que el autor anunciara su escritura). Ese es también el último viaje de su querido personaje, que en *Milenio* se propone dar la vuelta al mundo (a un mundo globalizado) y llega a Sídney desde Barcelona, tras una tremenda odisea y antes de embarcarse en una travesía por el Pacífico hasta Valparaíso. Pepe Carvalho, el detective gastrónomo, cocinillas y quemador de libros, es también el detective viajero, el que ha llevado a su creador por un periplo alrededor del mundo y lo ha hecho viajar, literalmente y literariamente.

Y ahí, en Valparaíso, terminamos nuestro menú brindando con un *pisco sour*. Porque, en palabras de su fiel Carvalho, «Hay que beber para recordar y comer para olvidar», y nosotros queremos recordar. ¡A su salud, don Manuel!

VÁZQUEZ MONTALBÁN: UNA APROXIMACIÓN PERSONAL

«Yo llegué a concebir la literatura como instrumento de combate»
(Manuel Vázquez Montalbán, 1970)

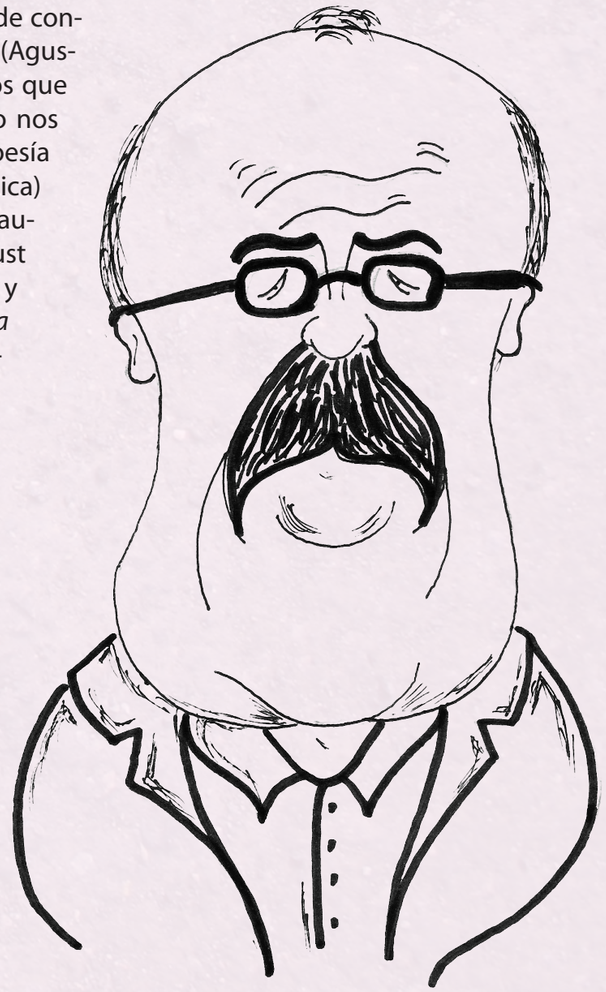
Me gustaría, en estas pocas líneas, aportar una visión personal, más allá del peso innegable que ha significado la obra narrativa en la visión exitosa de Manuel Vázquez Montalbán como escritor. Podemos decir que nos asombra acercarnos a una persona que se ha construido con múltiples aportes: periodista, ensayista, poeta, novelista, docente, gastrónomo, culé, comprometido políticamente, agasajado y premiado con más de diecisiete premios, tímido… Personalmente, mi primera noticia y aproximación a Vázquez Montalbán vendrá por vía universitaria. Dos amigos, posteriormente significados periodistas, Carles Pastor y Francesc Arroyo, me invitaron a asistir a una conferencia que impartía el escritor en la Escuela de Periodismo de Barcelona (no existían aún las facultades de periodismo). El tema de la misma tenía mucho que ver con la situación de los medios de comunicación en la España de finales de la década de los 60 (era en 1968). Para aquellas fechas era ya conocido su obra *Informe sobre la información*, ensayo pionero y de lectura recomendada para aquellas personas que nos movíamos en los círculos implicados en la necesaria recuperación democrática de las libertades y, de manera especial, en la libertad de expresión. Mayo del 1968, Guerra del Vietnam, los sucesos de Praga, la represión sobre el Sindicat Democràtic d'Estudiants en Barcelona… habían alimentado las corrientes opositoras al franquismo en los ámbitos universitarios. Eran muchos los que abogábamos por la alianza entre las fuerzas del trabajo y de la cultura para agilizar el cambio. De esto hablamos con él al acabar la conferencia. Fue mi primer contacto. Después vinieron algunos más. No muchos (si no contabilizo los derivados de nuestra militancia política común), pero siempre llenos de interés y contenido.

He de confesar que me acerqué a él inicialmente no a través de su obra considerada más literaria. Esto vino después. Mi primera aproximación surgió de la lectura de sus ensayos y artículos en revistas principalmente. En esta faceta me atrajo su desbordante capacidad reflexiva y crítica. Eran momentos en los que la mayoría de prensa escrita seguía fielmente los principios del Movimiento. Para muchos, parafraseando a José Antonio Vila, «Vázquez Montalbán era un referente indispensable para comprender la historia cultural española del último medio siglo». Escribe infinidad de artículos, una obra extensísima pendiente aún de una catalogación definitiva. Más de nueve mil artículos (estos sí catalogados) sirvieron para corroborar su prestigio intelectual.

Es evidente y en parte comprensible que el éxito como novelista ha generado una visión casi unidireccional hacia el favor del público de su hacer como escritor. Pero es a través del ensayo y su actividad periodística desde donde deja entrever su posicionamiento sobre la función social de la literatura y del escritor sumergido en la sociedad que le ha tocado vivir. Desde la inicial lectura de sus colaboraciones en la revista *Triunfo* (cuánta nostalgia sigue arrastrando), *Por favor*, *Hermano Lobo*, *Siglo XX*… y, posteriormente, en la prensa diaria descubrí a un analista profundo e irónico, humanista y comprometido con la realidad circundante. Algunos de estos artículos luego dieron lugar a obras editadas con un éxito innegable. Sería el caso de *Crónica sentimental de España* (1971) que había aparecido por entregas durante el año 1969 en la revista *Triunfo*.

De esta misma época guardo un recuerdo especial de un libro que coordinó y prologó Manuel Vázquez Montalbán: *Reflexiones ante el neocapitalismo*. Se trata de una obra colectiva (Ángel Abad, César Alonso de los Ríos, Jordi Borja, Martí Capdevila, Francesc de Carreras, Eduardo G. Rico, Romà Gubern, Isidre Molas y el propio Vázquez Montalbán) en la que él escribe un magnífico artículo *Experimentalismo, Vanguardia y Neocapitalismo* en el que cuestionaba algunas de las estéticas próximas al realismo social y abría los márgenes hacia otras más transformadoras. Ya en la obra *Manifiesto Subnormal* (1970) –mestizaje de poesía, narración y ensayo– se pone en evidencia al escritor comprometido que más allá de una estética instrumental incorpora con mayor profundidad elementos de crítica social y política.

Más tardíamente y gracias al profesor Lluís Izquierdo, hice una inmersión en su obra poética. Cuando Castellet le hizo «novísimo» (aunque era el senior entre nueve) ya Vázquez Montalbán sonaba y aparecía refrendado como poeta en unas cuantas antologías. Inicialmente al leerlo te sorprendía «la facilidad con la que insertaba citas, referencias a elementos más o menos ajenos al discurso poético e intercalados en él, en ocasiones, con manifiesta voluntad de contraste abrupto, de ruptura, o de estridencia» (Agustín Pérez Real). En los tres primeros poemarios que leí, siguiendo el itinerario que Lluís Izquierdo nos aconsejaba, percibí la profundidad de su poesía (Vázquez siempre reconoció su vocación poética) y sus conexiones culturales: la presencia de Flaubert en *Una educación sentimental* (1967), Proust en *A la sombra de las muchachas sin flor* (1973) y Jorge Manrique en *Coplas a la muerte de mi tía Daniela* (1973). De forma más personal continué un itinerario que me condujo a su obra posterior que fue recopilándose de forma constante en las distintas ediciones de su obra completa *Memoria y deseo* (ediciones en 1986, 1990, 1996, 2005, 2008).



De mi encuentro con su narrativa creo haber seguido a la legión de lectores que perduran hoy en día y que reconocen a Vázquez Montalbán como un escritor apreciado, querido y respetado. Los personajes de sus historias, los lugares de desarrollo de sus aventuras, su magisterio siempre novedoso, su capacidad de sorprendernos todavía hoy, son herencias que Vázquez Montalbán nos dejó un octubre del 2003 en Bangkok como patrimonio para toda la humanidad.

Era comunista.

PLACER

PLACER

EL CIRCO DE LAS OPINIONES

El proceso de investigación ha sido bastante sesudo. He estudiado su obra, artículos, entrevistas y reseñas, críticas y comentarios *post mortem* varios. También programas de radio, documentales, monográficos, números especiales de revistas y suplementos culturales. Participaciones en todo tipo de eventos, conciertos, recitales y mesas redondas, presentaciones, discursos en auditorios de universidades, galas de premios, aniversarios, entierros y homenajes. Y he llegado a una primera conclusión. Respecto a su persona, el autor que nos atañe, da vértigo el respeto con el que es tratada. Acaso algún comentario anónimo sobre su posible aburguesamiento en la edad adulta, por supuesto que infundado. Y poco más. Estoy seguro que el desprecio hacia su persona existió (por lo menos en el momento de ser torturado en la comisaría de Vía Laietana) por el sector político opuesto a sus ideales, que no es otro que la idiotez. Ofensas generacionales que fueron incorporadas a su obra dando voz a una especie de santa paciencia que se mea en la cara del bárbaro rencor. También me consta que no todo el mundo tiene buenas opiniones sobre Carvalho, pero esta constatación solo ha llegado bajo rumores de asociación literaria y, cuando he tenido la oportunidad de confirmarla, la respuesta siempre ha ido acompañada de cierta mirada al suelo, cierto remoloneo con media sonrisa y frotar de manos. Vázquez Montalbán recibió tantos elogios en su vida que se convirtió en todo un maestro a la hora de recibirlos, creando una categoría de metaelogio, el bang gang de la intelectualidad. Pueden ustedes comprobarlo fácilmente en alguna de las numerosas entrevistas que le hicieron. Verán que, primero espera en silencio respetuoso a que el presentador/a acabe de bañarle con sus elogios; y luego afirma, no sin cierta incomodidad inevitable para alguien de izquierdas, que todo lo dicho es correcto, y que ha tenido la suerte de ser como es y poder aprovecharlo. Sin más. La modestia es para los débiles de espíritu. Y tiene razón, y si ante este hecho se te enciende la lucecita de la sospecha y el rechazo, es tu problema. Él no busca amigos, no te necesita. Otro tema es cuando alguien opina acerca de su obra literaria o es citado por otros autores, cuando se le atribuyen posibles influencias o referencias. La actitud en estos casos se corresponde al común denominador, dando un paso atrás y asumiendo la condición de subalterno. Brilla la falsa modestia en sus ojos, apenas falsa para ser sinceros. Esta diferencia de reacción solo hace que acentuar su glorioso razonamiento y entendimiento de las circunstancias en detrimento de una obra literaria, que aunque igualmente gloriosa, queda recluida en el mundo de las hazañas puramente humanas, a merced del paso del tiempo.

El anterior punto y aparte está más que justificado, después de intentar abarcar el otro lado del espejo, allá donde se encuentra la flor de Alicia (...). El temerario viaje al mundo de las opiniones con Vázquez Montalbán no pienso comenzarlo. No estoy dispuesto a arrojar a El circo de las opiniones aquellas opiniones que transcienden la necesidad humana de parlotear para instalarse en la órbita de sentimientos como faro o estrella polar. No es descabellado pensar que esta sección está escrita por un iconoclasta resabido, típico colaborador que se le llena la boca con la palabra anarcocapitalismo mientras vive de rentas familiares, arquetipo de la nueva derecha decimonónica, nihilista en su esperanza de niño malcriado. No andarán muy lejos si piensan así, pero sepan que, a pesar de todo, uno necesita respetar, está deseoso de ello, y no está dispuesto a renunciar a esta oportunidad que me brinda el destino, esta oportunidad de enfrentarme al invierno con un buen abrigo.
Elijo crear un nuevo mito acorde con la necesidad del momento.
El circo cierra por defunción del espectáculo.

CHARO

Carnes de melancolía supuran al sol
la indiferencia triste con la que me halagas

Cielo de rayas y vergas
entorno a tus medias de cristal yacente

Huele la migraña del cielo
enlace a turbias nafras

Perra de ojos de hiel
sangras delante del sol
viandas turcas y encarnadas

Alrededor de la humedad alegas un parto
para fugarte alrededor de las charcas

Perra de ojos de miel
hiena bastarda

Hoy el éxtasis sucumbe en las marismas del anochecer difunto por entre las losas del barrio chino
donde anduvieron los magos del sopor como José Carvalho

EL ABOGADO

Apuró el vaso. Y a continuación lo elevó sobre sus ojos para contemplar a través del cristal las sombras de las luces amarillentas danzando en el techo. Lo sostuvo esforzadamente sólo unos segundos, soportando el dolor urente que descendía desde el brazo hasta la espina dorsal. «Maldita neuropatía» –pensó. Se estaba mareando. Había guardado las gafas en el bolsillo de la camisa, además. Por lo que en verdad lo veía todo borroso y era incapaz de percibir el asombroso efecto caleidoscópico creado por el impacto de los reflejos luminiscentes sobre el vidrio esmerilado.

–Pep, omple'l si us plau –susurró después de dejar caer el vaso sobre la barra.

–És la segona ampolla, ja –avisó discretamente el buen hombre, sin acritud, simplemente certificando el descorchado.

Ya hacía muchos años que el abogado ahogaba las horas postreras de la noche en la vinatería escondida en las callejuelas del Call, el antiguo barrio judío de la ciudad. Los techos abovedados y las robustas mesas de madera del vetusto local acogían ahora a los comensales más modernos, atraídos por la moda de los maridajes más atrevidos; pero él continuaba fiel a su protocolo, y acudía cada noche a su reservado, un taburete roñoso que Pep sacaba del mostrador y colocaba en la esquina de la barra sólo cuando él llegaba. Se desanudaba ligeramente la corbata, soltaba el botón del pantalón y esperaba a que le sirvieran. Siempre vino del Priorat. Y unos taquitos de queso manchego. Nada de las florituras y experimentos que los presuntos nuevos expertos preconizaban no solo en las revistas especializadas sino también en los periódicos más generalistas. «Todo el mundo es sumiller, ahora, ¡por favor!» –se burlaba. La selecta nueva clientela sobrellevaba el ligero trastorno de forma educada, condescendiente; de hecho, su presencia era una suerte de anacronismo que rememoraba los tiempos en los cuales las bodegas eran únicamente el refugio de los desahuciados. Un apunte folclórico, por tanto, que enriquecía su experiencia, que adornaba la atmósfera confiriendo cierta mística a su incursión a los bajos fondos, pero de forma harto controlada. Lo miraban, por tanto, sólo un instante, con los ojos bajos, sin enfrentar la mirada al hombre auténticamente acabado, probablemente porque temían reconocerse en él. El abogado, por su parte, no perdía el tiempo devolviendo la mirada a aquellos esnobs atildados que llegaban o abandonaban precipitadamente la ahora célebre taberna. A pesar de saberse observado y juzgado de forma inmisericorde. Simplemente fijaba sus ojos en un punto distante del mostrador y bebía de forma concentrada, taciturna, abstraído en sus pensamientos. En silencio, muchas veces inmóvil, casi esculpido. «Ponerme un marco y seré un personaje más de los bebedores de absenta de Degas» –dijo una vez después de horas de ebrio recogimiento. El hecho es que pasaba muchas horas allí. Estaba cerca de su casa, en el barrio chino. Y también de la comisaría de Vía Laietana donde ejercía su profesión la mayor parte del tiempo, atendiendo a los más desamparados a cambio de muy poco. «Turno de oficio, vaya chollo» –se lamentaba con frecuencia. Pero era su única fuente de ingresos. El prestigioso bufete donde había iniciado su andadura profesional había quebrado de forma escandalosa, y de forma un tanto injusta había sido señalado, marcado para siempre. Sí, él había ayudado al Sr. Callol a abrir una cuenta en Las Bahamas; pero de forma tan inocente, tan… «Un rinconcito que tenemos que tener todos» –le aconsejaba el viejo zorro. Y él qué iba a hacer, en sus primeros años de ejercicio, sino dejarse aconsejar por el más afamado de los letrados de Barcelona.

Además, el que se marchó con todo fue precisamente el Sr. Callol, y no él, que simplemente había operado en su nombre. En fin, casi treinta años después su único sustento era el turno de oficio, siempre al acecho de las pocas causas decentemente remuneradas. Y claro, tantas horas entre navajeros, drogadictos, putas y ladronzuelos de baja estofa habían dejado su huella.

Alzó el vaso vacío, de nuevo. Sucio, lleno de grasa, justamente sus huellas dactilares grabadas de forma indeleble en la superficie opacando aún más el cristal. Con la otra mano intentó rascarse la rabadilla. Sin éxito. Aún llevaba puesta la americana, por lo que sus cortos brazos no alcanzaban. Y además había engordado mucho, contraviniendo de forma escandalosa los preceptos médicos que velaban inútilmente por su pírrica salud. «¡Qué mierda es eso de la sulfonilurea, suena a meado radioactivo!» –había exclamado cuando el médico le prescribió el fármaco para tratar su diabetes galopante. Se desanudó un poco más la corbata. Se ahogaba. Hacía calor. Pero en cambio el sudor resbalaba denso y frío por su espalda, y no podía hacer nada más que apoyarse un poco en la pared para detener la maldita gota. «¡Joder!», pensó, «Me cago en la puta, soy el puto Joaquín el necio, bajito, gordo y feo ¡y encima con la polla pequeña!».

–Pep! –suplicó.

–Ja vaig, ja vaig, un moment –contestó el hombre de la barra que se acercó, llenó el vaso de forma diligente y se atrevió a murmurar –La tercera ampolla, mestre.

–Collons Pep, no em fotis.

–D'acord, d'acord, tu mateix –se retiró el camarero de puntillas.

El abogado aún descorchó una cuarta botella. Pero sólo probó el primer sorbo, ya que a continuación abandonó precipitadamente su trono particular. Sin despedirse, dejó un fajo de billetes debajo del vaso, se puso esforzadamente el abrigo a la carrera y se abalanzó a la calle desierta sin mirar atrás. ¿Por qué? No está claro. Durante la última media hora había permanecido en un estado de concentración absoluta, sosteniendo delante de sus ojos un sobre cerrado. Ya hacía una semana que lo había recibido pero hasta ese momento no había tenido el valor de enfrentarse al dilema de abrirlo o lanzarlo a la basura. Finalmente, lo había abierto. La verdad es que había sido una semana insoportable. «Puto código deontológico», se quejaba siempre, «¡Qué mierda esta que la abogacía haya acrisolado y salvaguardado tantos valores a lo largo de la historia!». El lunes el cabrón del Xatu le había confesado que sí, que había sido él quien había asaltado a la chiquilla a la salida de la discoteca, pero que sólo quería asustarla, nada más. «Joder, pues vaya susto. Porque la pobre niña había sido acuchillada sin clemencia por un puto iPhone. ¡Hijo de puta!». La policía sabía que él era el culpable pero no podía probarlo, por lo que esta vez el malhechor lo tenía fácil para salir airoso. Un trabajo rápido y limpio incluso para un abogado de oficio miserable como él. Aunque tampoco el criminal merecía más. No era la primera vez que trataba con el Xatu, aquel tipo miserable de ojos saltones, de apenas metro sesenta, canijo y delgaducho, pero con nervios de acero. De hecho, probablemente era el delincuente al que más juicios había asistido, siempre por una miseria. No lo soportaba. Y el Xatu, que desde el primer día había percibido su animadversión, siempre lo provocaba expresamente crispándolo hasta no poder más. El maldito rufián disfrutaba sobremanera observando cómo su cara enrojecía mientras describía sus fechorías, que él estaba obligado a mantener en secreto. El inicuo delincuente sabía en cualquier caso que él no osaría traicionarlo; primero, porque su credibilidad no era especialmente intachable y, segundo, porque nunca le revelaba ninguna prueba. Pero esta vez el Xatu se había

→

relajado demasiado. Él había llegado tarde, muy desaliñado, borracho la verdad. Y el Xatu, al observar su estampa dantesca, después de reír a carcajadas mostrando sin rubor los pocos dientes sanos que le quedaban, había intentado rematarlo contándole maliciosamente, con todo lujo de detalles, cómo había disfrutado cortando la carne tierna y delicada de la dulce doncella, cómo se había deshecho en el puerto de una navaja más (aquí el abogado pensó que a veces incluso cabía sonreír, si se imaginaba el formidable escudo de coral que estaba construyendo cuchillo a cuchillo aquel temible hombrecillo), y, finalmente, cómo había escondido el teléfono en la cisterna del lavabo del bar de la esquina, en una bolsa de plástico, como en las películas. «Esta vez lo voy a contar, Xatu» –había dicho pronunciando lenta y penosamente cada sílaba. La sonrisa turbadora que perennemente exhibía el criminal desalmado se había congelado en el acto. «Como lo cuentes, te mato», había amenazado. «No me importa, la verdad», había contestado él. Había tocado fondo. Estaba solo. No tenía nada. Únicamente un piso de apenas cuarenta metros cuadrados repleto de libros que ya sólo usaba para encender la estufa. La literatura, su amado Tolstoi, el conocimiento se esfumaba cada noche de su vida levitando y cabriolando en el aire; y por otra parte inundando impunemente sus maltrechos pulmones, dañados irremediablemente tras años de tabaquismo intensivo. «Un último acto de servicio. Una buena obra, al fin. La redención. Mejor morir por una buena causa que cirrótico, diabético y asmático en un hospital». Así que a pesar de odiarlo profundamente, había llamado al comisario García, un hombre aún más infame que el Xatu; la única diferencia entre ellos seguramente consistía en que uno tenía un sueldo fijo. Y había revelado el secreto. Tres hombres habían sido necesarios para reducir completamente al asesino mientras este juraba y perjuraba que era hombre muerto, la espuma rebosando de su boca infecta. El comisario García le había acompañado a la puerta, dado dos palmaditas en la espalda, su máxima muestra de agradecimiento, e instado a seguir el curso del proceso, ya que si encontraban el teléfono por fin encarcelarían de verdad al maldito navajero. Su momento de gloria, sin embargo, había durado muy poco. Aquella misma noche, al llegar a casa, recibió dos noticias. La primera por teléfono: en el trayecto hacia la celda el Xatu había escapado. Y la segunda por carta, aunque no se había atrevido a abrirla. Ningún cambio en cuatro días. El preso fugado aún en busca y captura. La carta en el bolsillo de la americana, arrugada, sin abrir. Cuatro días en los que el abogado apenas había podido conciliar el sueño, en los que no había sido capaz de concentrarse en ningún caso, en los que sólo había conseguido unos pocos momentos de paz cuando Pep le había servido el primer vaso de vino. Finalmente, haciendo acopio de todas sus fuerzas, y con la ayuda de las tres botellas del Priorat más primoroso de la vinatería, había abierto el sobre. «Lo que esperaba», había pensado, «Quizás un poco tarde, pero sin duda mi última oportunidad». Entonces, había catado efímeramente el néctar de la cuarta botella, había dejado sobre la mesa todo el dinero que llevaba encima y había salido corriendo con la carta agarrada en la mano.

Apenas pudo recorrer diez metros. Una sombra se deslizó desde el soportal de enfrente y lo apuñaló en el estómago. El abogado apenas emitió un leve gemido de queja, anestesiado como estaba por el potente depresor del sistema nervioso central que fluía intoxicando su sangre. Tampoco hubiera reconocido al asaltante, a pesar de la certidumbre de saber quién era, si este no se hubiera agachado para mostrar su sonrisa burlona. Sin embargo, la suficiencia del Xatu se tornó pronto en miedo e incomprensión. Dos disparos alcanzaron su cuerpo, y una mueca de horror fue transfigurando su cara. Asustado, desvalido, observó además como el abogado, a pesar de estar agonizando, lo miraba fijamente a los ojos y sonreía, demostrando su superioridad en el último instante, el verdadero. Los dos murieron casi al unísono, en

un intervalo de cinco minutos, sin dar tiempo a que llegara una ambulancia al lugar de los hechos.

Media hora más tarde, el comisario García acudió a la llamada de sus hombres. Con las piernas abiertas y los brazos en cruz observó durante unos instantes el cuadro sangriento que decoraba la calle.

–Cojones, vaya carnicería.

–Señor, no hemos podido hacer nada…

–Sí, eso –se revolvió con las cejas arqueadas– ¡¿Dónde demonios estabas Martínez?!

–Señor, salió corriendo de repente –musitó el cabo, casi llorando–. No nos dio tiempo a seguirle.

–Me cago en la puta Martínez, vaya mierda de vigilancia.

–Lo siento señor…

–Ya hablaremos, ya hablaremos –se volvió el comisario, consciente que a partir de aquel momento el cabo empezaría a sufrir cavilando qué castigo malvado ingeniaría esta vez su temido jefe.

Sin embargo, su acostumbrado humor de perros cambió de forma milagrosa cuando se agachó al lado del abogado y recogió el papel que aún agarraba con la mano.

–¿Esto qué es? –preguntó.

–No lo sé señor, no hemos tocado nada por si acaso.

El comisario leyó el documento detenidamente. Y sonrió maléficamente.

–Me lo quedo. Al muerto ya no le sirve.

Los subalternos, asombrados, no discutieron tampoco la explicación extravagante que inventó a continuación el comisario García. En aquel momento se conformaban con que aquel hombre corrupto y vengativo no les hiciera nada a ellos.

–Como podéis ver –había dicho levantándose y agitando el sobre para que lo vieran sus hombres– tiene un matasellos muy exótico. Qué suerte, yo que siempre he sido tan aficionado a la filatelia…

UNA NOCHE CUALQUIERA ANTE NADA

En el último viaje a la cocina ha comprobado que se ha terminado el hielo. Dos de la madrugada, mejor no hacer ruido, la familia tiene derecho a descansar. Duda unos instantes sobre si vestirse y bajar al *paki* de guardia para suministrarse de un par de bolsas de cubitos. De momento apaga luces, intenta acomodarse en el sofá y enciende un nuevo cigarro. Fuma con la ventana un pelín abierta para que salga el humo iluminado por leves rayos lunares. Pensar, la cabeza no para, el cerebro no se detiene, pero nada productivo. Tal vez un poco de música, introducida en los oídos a través de los cascos inalámbricos, algo ochentero, algo que realmente le transporte a otra época y le permita cambiar el curso del pensamiento estéril. Se levanta, y con el pitillo en los labios se dirige a tientas hacia el armario, mientras a través de sus orificios nasales sopla un vaho espeso y con olor a nicotina, abre despacio la pequeña puerta de madera e introduce las manos para primero, apartar el tablero y después la caja de fichas de ajedrez y hallar los inalámbricos, se los coloca y acerca el portátil a la mesa delante del sofá. Se acomoda nuevamente, búsqueda en Spoty y… Gabinete Caligari, *Camino Soria*, perfecto. Play. Empiezan los primeros acordes de «Pecados más dulces», apaga el cigarro en el cenicero y se tumba, la boca comienza a secarse, no hay hielo, no hay sueño, lanzarse a por la botella de agua de la nevera sería aceptar la derrota, vuelve a levantarse y otra vez al armario, ahora al mueble bar. ¡Joder! Un whiskyto claro, agarra la botella de Jack Daniels y otra vez hacia la cocina, al congelador de nuevo, un vaso de chupito helado servirá para servirse. El vaso en una mano y la botella en la otra, ya suena la «Suite nupcial», a ciegas hacia el sofá que palpa con la rodilla para volver a sentarse. Se tumba. Se incorpora. Primer sorbo a Jack, enciende otro cigarro y vuelve a tumbarse, cierra los ojos y empieza «La fuerza de la costumbre». ¡Temazo! La conciencia logra distraerse con las melodías, con las letras. Este podría ser considerado uno de los mejores discos de la historia del pop español, al menos a él se lo parece. «¿Le gustaría a Manolo esto allá por el 87?, diría que no, o sí, da igual esto es un discazo, de los que aguantan el paso del tiempo». Por cierto, en mil novecientos ochenta y siete, pasados seis años de la tormenta de «Los pajaritos», los Gabinete publican *Camino Soria*, y ese mismo año, pasados seis del 23-F, don Manuel Vázquez Montalbán publica *Historias de política ficción*. Almodóvar estrena *La ley del deseo*, en París se subastaron *Los girasoles* de Van Gogh, en EE.UU. se emite por primera vez *Los Simpsons*, nace Gerard Piqué y el Oporto se proclama campeón de Europa ante el Bayern, dando una histórica lección en el arte del contrataque. Y dicho esto, volvamos al sofá…

Suena el cuarto tema del disco, «Tócala Uli», crecido con el animoso ritmo termina el chupito y se sirve otro, se emboba mirando cómo se consume el cigarro en el cenicero, piensa «joder, este Ulises Montero debió ser el puto amo al saxo, putas drogas». Se traga el segundo chupito y se acuesta cual largo es, mete las manos bajo el pijama y se acaricia los genitales, empieza a sentirse relajado. Con la primeras notas de «La sangre de tu tristeza» se incorpora, coloca un cojín tras su espalda, echa las manos al teclado y abre el Word, lee la media página que llevaba escrita, se sirve otro y lo engulle sin olerlo, enciende otro cigarrillo y vuelve a leer lo mismo, suena «Saravá», apaga el piti a la mitad, y después «Rugido de tigre» y borra todo lo que había escrito y ya está *Camino Soria*, «camino a tu puta madre», piensa, el Word está ahora en blanco. Cierra la nada, cierra Spoty y apaga la computadora. Solo, a oscuras, no quiere ver a nadie, no acudirá al lecho conyugal, pasan de las tres de la madrugada, se acuesta y se cubre con una manta de viaje, otra madrugada en nada, «resucitar a Carvalho no va a resultar nada fácil».

PLACER

DE LICEU A OXFORD CIRCUS

«El detective les volvió la espalda, cruzó la plaza avanzando hacia la boca del metro, se dejó llevar por un borbotón de gente que dejaba caer las piernas por las escaleras de metal erosionado por millones de pisadas cansadas, cargadas con el peso extra de la evidencia de que cada día es igual que el anterior, de que cada escalón de subida será mañana escalón de bajada.»

Este fragmento pertenece a *Los mares del Sur*, la cuarta de las novelas de la saga del detective Pepe Carvalho. Lo leí hace solo unas semanas. Momento en el que por cierto, como en muchas otras ocasiones, me cuestioné por qué no había leído nunca ninguna de sus historias. Tantos autores de los que no tenemos conciencia… Pero ahora esto no viene al caso. La cuestión es que enseguida señalé la página, ya que abordaba un tema que me ha obsesionado siempre. Pero antes, una nueva reflexión que el detective más canalla nos ofrece en esta pequeña obra maestra:

«El metro, cualquier metro, es un animal resignado a su esclavitud de subsuelo. Parte de esta resignación impregna los rostros aplazados de los viajeros, teñidos por una luz utilitaria, removidos levemente por el vaivén circular de la máquina aburrida. Recuperar el metro fue recuperar la sensación de joven fugitivo que contempla con menosprecio la ganadería vencida, mientras él utiliza el metro como un instrumento para llegar al esplendor en la hierba y la promoción. Recordaba su cotidiana sorpresa joven ante tanta derrota recién amanecida. Recordaba la conciencia de su propia singularidad y excelencia rechazando la náusea que parecía envolver la mediocre vida de los viajeros. Los veía como molestos compañeros de viaje que para él era de ida y para ellos de vuelta. Veinte o veinticinco años después sólo era capaz de sentir solidaridad y miedo.»

Bueno. No sé si alguna vez han sentido algo parecido. Pero seguro que alguna vez han reflexionado acerca de la vida que llevamos, corriendo de un lado al otro sin descanso, atrapados en una ruedecilla giratoria que no se detiene nunca. ¿Quizás observados por alguna criatura que se entretiene con nuestro esfuerzo baldío? En fin, menos poéticamente, acerca de la rutina. Pues bien, yo siempre he pensado que los viajes en metro conforman una alegoría pluscuamperfecta. Y he intentado escribirlo. Sin demasiado éxito, hay que reconocerlo. Así, no sé si algún día las siguientes líneas se publicarán más allá de Placer, pero de alguna manera me ¿enorgullece? haber escrito algo ¿remotamente? parecido a lo que publicó Montalbán. Lo comparto aquí:

«Muchas veces se descubría intolerante en sus viajes al centro de la tierra, las palabras escritas en las olas resonando en sus oídos: ¡Qué repugnantes me habéis parecido en Oxford Street, qué miserables sentados los unos frente a los otros, en el metro! Y conscientemente culpable, ya que las cruentas palabras de la célebre escritora británica describían con precisión su alienación, su desprecio profundo por la marea suburbana. Primero, se detenía un momento en el pasillo, sin oponer resistencia a la corriente tumultuosa. Luego, observando a la multitud desde su tribuna particular se preguntaba: ¿Por qué corren? ¿Qué persiguen?

PLACER

Y finalmente, alcanzaba un instante floreciente de superioridad infinita, un momento de extrema clarividencia en el que se veía diferente a los demás. Sólo un instante, sin embargo. Porque enseguida se hacía patente que esta era una actitud fingida, preconcebida desde la mediocridad. La luz fluorescente de las catacumbas que había refulgido tan intensamente por un segundo se apagaba sin remedio. ¿Por qué ejecutaba un protocolo tan ridículo para ocultar su naturaleza, durante una ínfima unidad de tiempo, si esta se revelaba a continuación con mucha más fuerza? Así, poco después de su alto en el camino iniciaba de nuevo su tránsito. Al principio intentaba avanzar por el pasillo lentamente, sin apresurarse. Pero más tarde o más temprano terminaba corriendo de la misma manera que los demás, simultáneamente persiguiendo y huyendo de una existencia que se escabullía sin remedio. Al fin, descubría que no era distinto a ellos.»

Bueno, sin contexto no es lo mismo. Pero tampoco cabe justificarse, si acaso disculparse por el atrevimiento. En cualquier caso, hay dos cuestiones subyacentes que me gustaría señalar. Primero una curiosidad, que en verdad fue la motivación inicial del presente artículo (ya, si han leído antes Placer seguro que han reconocido el tono, por lo que ya saben que el *rationale* de estos párrafos dislocados se suele exponer muy tarde, y que casi nunca tiene sentido). El hecho es que Montalbán escribió su novela casi treinta años antes de que yo la leyera; y por tanto escribí mis líneas desconociendo que de alguna forma ya existían. Y en segundo lugar, un elemento aún más rocambolesco: ¿Se han dado cuenta de que mi referencia literaria era Virginia Wolf y una estación londinense en lugar de un escritor mucho más cercano y el metro que hemos usado siempre? Seguro que pueden encontrar enseguida un buen número de razones para explicar esta singular paradoja. Pero casi es mejor no empezar otro debate para dejarlo inacabado. Mejor para terminar una pregunta trivial que quizás aúne las dos últimas consideraciones: ¿No creen que en todas partes (bien, en el mundo occidental, claro; como decíamos con mi amado coeditor, nuestro destino depende caprichosamente del paralelo en el que nacemos) los viajes en metro deben ser similares?

DON MANUEL, LOS CHORIZOS Y LA REVOLUCIÓN

Cuando se comentó que la siguiente edición de Placer estaría dedicada al Sr. Montalbán, supe que tendría que saldar una deuda pendiente. Esa deuda que arrastro desde febrero de 1999, momento en el que supe que el Sr. Montalbán había entrevistado al subcomandante Marcos. En aquel entonces, y para mí, era simplemente el autor de la serie Carvalho —tendréis que disculpar mi ignorancia—. Había leído recientemente *Quinteto en Buenos Aires* y había disfrutado del libro, pero todo quedaba ahí, una novela más, y él un buen escritor de novela negra. El subcomandante Marcos sin embargo era el nuevo Che Guevara, con la diferencia de vivir un tiempo en el que los medios de comunicación le habían dado una repercusión mediática mundial, y que, con su mensaje culto, poético y cargado de una verdad incontestable, arrastraba el respaldo y la simpatía universal. Cuando días más tarde averigüé que el encuentro se había producido a petición del propio subcomandante, de repente surgió en mí una gran admiración hacia don Manuel. Desgraciadamente en aquel momento no tenía en el cogote el aliento del consejo editorial de Placer y me quedé en la superficialidad más absoluta de la noticia.

Hace ya unas semanas decidí que había llegado el momento de ponerse las botas altas, coger el machete y empezar a abrir claros en esta historia, cual viaje a la selva Lacandona, lugar donde se produjo el susodicho encuentro. O sea, me presenté en la biblioteca del barrio en busca de un ejemplar de *Marcos: el señor de los espejos*, un largo ensayo de don Manuel cuajado de citas y referencias doctrinales que recoge también los detalles del viaje y la entrevista. La chica que me atendió localizó en el ordenador un único ejemplar que aparentemente estaba en el sótano del edificio. Después de un par de viajes al mismo, y alguna consulta más en el ordenador, apareció lo que para mí era ya un tesoro. Se iniciaba una aventura en la que ya no había lugar para la marcha atrás.

Os pondré brevemente en contexto acerca de la rebelión Zapatista del momento. La rebelión armada se inicia en enero de 1994 y en ella se integran las principales etnias de Chiapas: tzeltales, tzotziles, choles, zoques,… Estos pueblos indígenas reclaman básicamente el derecho a los recursos naturales existentes en sus tierras. Tengamos presente que México ha empezado ya a aplicar el tratado de libre comercio suscrito en 1992 con EEUU y Canadá. Ello implica una política económica con tintes neoliberales que conduce a la venta y privatización de empresas y recursos en pos de la modernidad.

En la misma época don Manuel, que escribe sus artículos de opinión en *El País*, aborda reflexiones varias sobre la teoría neoliberal y la globalización, así como la revolución de Chiapas. Superados los cincuenta, podríamos decir que don Manuel no ha sucumbido del todo al desencanto posterior al derrumbe del socialismo real, mantiene su ideología de izquierdas, pero quedan ya muy lejos aquellos años de lucha y reivindicación enarbolando la bandera del PSUC y que le llevaron incluso a conocer la cárcel. En esta época escribe: «Me reconozco sensible ante el argumento de que los burgueses ilustrados de izquierda nos solazamos con las revoluciones lejanas, esas incómodas revoluciones que no quisiéramos interpretar como protagonistas. Y no se puede negar nuestra tendencia a adoptar revoluciones, porque la Historia no nos ha querido conceder la nuestra y nunca nos la concederá. Si nos la concediera, recurriríamos al argumento *marxiano*, de Groucho Marx, de que jamás nos haríamos miembros de un club que nos aceptara como socios». Sobre Chiapas nos dejará varias reflexiones, básicamente de la misma índole: «Chiapas es la nueva poética de la insurgencia, sobre todo si se asume sin sectarismos ni dogmatismos, como síntoma del desorden imperante, que debe ser reordenado para que la globalización sea algo más que un neo imperialismo maquillado».

De este período es también el ensayo *Panfleto desde el planeta de los simios* (1995) en el que don Manuel cuenta como se han ido destruyendo día a día en Europa las ideas que habían servido para creer que era posible cambiar las cosas y que el mundo podría ser mejor. Es en dicho *panfleto* donde manifiesta «carecer de utopías es vivir los días sin ninguna esperanza real».

La relación entre don Manuel y el subcomandante se inicia en 1997, cuando este último declara en una entrevista a TVE que ha dejado de leer las novelas de Carvalho porque en plena selva le dan hambre las recetas que se cocina el protagonista. Meses más tarde —diciembre de 1997— hará llegar dos cartas a don Manuel, dirigidas a él mismo y a Carvalho. La primera de ellas recoge reflexiones varias sobre la situación política y social mundial, destacando la coincidencia de ideas y planteamientos con don Manuel. Aparecen también referencias varias a «don Pepe Carvalho» en las que se evidencia su admiración por él: «Ahora que menciono a don Pepe Carvalho, me viene a la memoria el recuerdo de un compañero de armas, caído en combate el primero de enero de 1994, que también leía (y sufría) las andanzas en el Comité Central y otras angustias. En aquellos primeros años de lo que después adquiriría forma y significado, él y yo nos intercambiábamos las pocas novelas policíacas que nos enviaban de la ciudad. Lugar privilegiado tenían las de Manuel Vázquez Montalbán, y las ricas descripciones de recorridos y casos de Carvalho nos sirvieron a ambos para acompañar las largas y húmedas noches de la selva Lacandona». La segunda carta fija posibilidades de encuentro, cómo, cuándo y la ironía de si don Manuel le podrá llevar unos chorizos.

Transcurren varios meses en los que el Gobierno y grupos paramilitares intensifican sus actuaciones en la zona de conflicto, se produce la matanza de indígenas zapatistas de Acteal, los observadores son hostigados continuamente y muchos de ellos acaban incluso huyendo hacia Guatemala a través de la selva. De repente, el súbito silencio del subcomandante pone en duda que siga vivo. Se aplaza el viaje de don Manuel. Surgen serias dudas sobre si el subcomandante sigue con vida. De pronto, y cual ave fénix —lo siento, el tópico era inevitable—, emerge con la declaración de julio de 1998 , una «espléndida epístola», según el propio don Manuel, condenatoria de la hipocresía del Gobierno mexicano y del orden global. El resto de mortales, carentes de su afinada mirada y su espléndida pluma, no diríamos que es «espléndida»… sino más bien «sublime»: citas de Antonio Machado (*Juan de Mairena* para ser más exactos), Shakespeare, Carlos Fuentes, Galeano y Manuel Scorza: «La noche pasará/Pueden escupir las aguas/Pueden fusilar a los gorriones/Pueden quemar los versos/Pueden degollar al dulce lirio/Pueden romper el canto y arrojarlo a una ciénaga/Pero esta noche pasará».

Y como el destino así lo había dispuesto, es febrero de 1999 y tenemos ya a don Manuel en algún lugar perdido de Chiapas, esperando la señal que llegará de la selva al anochecer, con cuatro kilos de chorizo de Guijuelo (¡grande!), algunos turrones y un ejemplar para regalo de *Y Dios entró en la Habana* —luego comento—.

El encuentro entre don Manuel y Marcos es eso, un encuentro, no una entrevista: ambos discuten, preguntan, contestan y debaten sobre neoliberalismo, globalización, capitalismo, utopías, democracia, constitución, el *establishment*, las revoluciones, las izquierdas, el poder

→

de los medios de comunicación,… O sea, se trata de una charla densa, profunda, en la que ninguno de los dos se queda atrás en conocimiento histórico, político, filosófico, capacidad analítica, referencias y citas. El inicio de la misma ya es revelador. Marcos le comenta a don Manuel que en *Panfleto desde el planeta de los simios* se adelantó a muchos de sus planteamientos. Don Manuel contesta simplemente: «Coincidimos en un mismo naufragio y hemos leído casi lo mismo, eso es todo».

Aunque es manifiesta la simpatía de don Manuel hacia la causa, en ocasiones también se muestra crítico y escéptico, sacando la casta de auténtico periodista que lleva dentro (no os quepa duda de que don Manuel hubiese simpatizado con Jordi Évole), como cuando le plantea la siguiente pregunta a Marcos: «Pero ¿planteáis un nuevo diseño de la acción política u os quedaréis en una propuesta de romería para ir a ver a los últimos románticos de la selva Lacandona?».

En esta conversación también hay lugar para las reflexiones metafóricas. Me quedo con la que da título al ensayo de don Manuel. Marcos utiliza con frecuencia la metáfora de traspasar el espejo, el espejo trucado de la realidad, en clara referencia a *Alicia en el País de las Maravillas*. Sobre la izquierda actual dice que debe afrontar una posición crítica respecto el neoliberalismo y al mismo tiempo construir una alternativa. Por ello hay que atravesar el espejo, romperlo y convertir el espejo en un cristal que nos permita ver hacia adelante.

Finalmente, Marcos, que también pretende que don Manuel actúe como portavoz entre otros portavoces de iniciativas intelectuales y civiles, le pide que le hable sobre el problema de los intelectuales y su relación con el poder. Hablan de Sartre, Octavio Paz, Vargas Llosa,… y también de José Sacristán, Sabina, Serrat, Aute, Ana Belén y Marisol. Marcos demuestra gran conocimiento de la cultura popular española e incluso confiesa que aún canta *La vida es una tómbola*. Y a continuación se lanza a cantarla en plena selva, o más bien a susurrarla para que no le oigan los aviones ni los tanques de los paramilitares. No sé vosotros, pero yo me lo puedo imaginar: «La vida es una tómbola, tómbola, tómbola…De peces de colooooores, de peces de colooooores…».

Don Manuel, habiendo ya abandonado el lugar de encuentro, acabará escribiendo: «¿Qué impresión me llevo de Marcos? Me parece un compañero de Universidad casi veinte años más joven que yo y veinte años más joven que la izquierda residual de la que yo trato de salir como si fuera un pantano viscoso».

Para finalizar, y puestos a criticar —o mejor dejo que lo hagan otros, que uno ya tiene síntomas de fatiga con el presente artículo (leer a don Manuel puede ser agotador, sobre todo en esos escritos reflexivos en los que la cabeza le va mucho más rápida que al lector medio)—, destacar la voz de algún experto subrayando la diferencia entre este ensayo y el anterior, *Y Dios entró en la Habana*, en el que don Manuel aborda la «cuestión cubana» desde todos los ángulos posibles, entrevistando y escuchando a los dos bandos, y mostrando todas las complejidades. Vamos, podríamos decir que «repartiendo estopa por igual». Aquí, sin embargo, toma partido, y lo hace claramente a favor del zapatismo. En mi opinión se podrían desarrollar varias hipótesis al respecto: quizás don Manuel estaba ya cansado de escribir sobre revoluciones, quizás sólo tenía tiempo para escribir este panfleto (uno sabe de buena fuente cómo aprietan las editoriales), quizás estaba harto de México y su comida (pasados los 50 el picante es bien jodido). Puestos a especular, repaso nuevamente las referencias del subcomandante a *Alicia en el País de las Maravillas*, releo también la misiva enviada a don Manuel y, llamadme romántico, concluyo que no pudo haber otro motivo más que un sortilegio del subcomandante:

Diciembre de 1997

Para: Manuel Vázquez Montalbán y/o Pepe Carvalho
La Rambla, Barcelona
Catalunya, Estado Español

De: Subcomandante Insurgente Marcos
Chiapas, México

«No me levantaré jamás de donde estoy,
valeroso caballero, fasta que la vuestra
cortesía me otorgue un don para pedirle
quiero, el cual redundará en alabanza
vuestra y en pro del género humano.»
Don Quijote de la Macha. Cap III.
Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quijote en armarse caballero.

[…]

Espero que los tiempos mejoren para quienes lo necesitan y merecen, es decir, los olvidados de todo el mundo.

Vale. Salud y que el caso más importante (el de la lucha por ser mejores) encuentre solución en donde debe, es decir, en el corazón.

Desde las montañas del Sureste mexicano
Subcomandante Insurgente Marcos
México, diciembre de 1997

AL SUR DE BARCELONA

«Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y única en sitio y en belleza.»

Don Quijote de la Mancha

Como el Consejo Editorial es dado a los viajes y tal vez tarde en obsequiarnos con otro autor local, no puedo dejar pasar la ocasión que me brinda MVM de desmenuzar un poquito la Barcelona literaria. Para ello simplemente pretendo seleccionar y comentar brevemente unas cuantas obras. Será una selección arbitraria, por personal; será poco original, por la obviedad de las obras; su único rasgo distintivo será su cronología, no basada en los escritores, esos tipos insignificantes, sino en sus personajes, que se irán relevando hasta Carlos Stuart Pedrell, sutil fugitivo de Barcelona hacia el Sur. Por si la empresa no fuera suficientemente vanidosa, quiero también indagar a través de ellos la construcción de ese Sur donde es imperioso huir. Para llegar a ese punto que apunta al Sur no creo que sea necesario remontarse a la imagen del más famoso caballero que pisara nuestra ciudad, en lo que imagino la playa de la Barceloneta, frente al caballero de la Blanca Luna, ya que por aquel entonces me atrevo a afirmar que ni el afilado olfato de Sancho Panza diera para imaginar en qué se convertiría aquel paraje. Por eso voy a saltarme unos cuantos siglos, incluso pasaré de puntillas por el malogrado Jeroni Campdepadrós i Jansana (*Un lloc entre els morts* – Maria Aurèlia Campmany), y no porque no fuera un barcelonés ilustre, sino porque el Sur aún estaba tan lejos que era simplemente un punto cardinal. Y es que para llegar a cualquier sitio, primero hay que romper las murallas. En 1860 la reina Isabel II colocó la primera piedra de l'*Eixample* en lo que hoy es la plaza de Cataluña, aunque el verdadero impulso al gran plan se dio ya casi agotado el siglo XIX, sobre todo a caballo de la Exposición Universal de 1888. Imaginemos una ciudad en plena explosión, con la sempiterna clase de menestrales de Barcelona enriquecida, el Modernismo en alza, las ideas sociales y políticas en ebullición, y en medio de todo ello Onofre Bouvila (*La ciudad de los prodigios* – Eduardo Mendoza). Mucho se ha especulado sobre su paradero desde que abandonara la ciudad en aquel aparato volador, justo el día de la inauguración de la Segunda Exposición Universal, en 1929. ¿Y si también huyó al Sur? Ciertamente, aquel era un momento propicio para que se dieran varios exilios al Sur, por ejemplo de algún miembro de la familia Lloberola (*Vida privada* – Josep Maria de Sagarra), si hubieran tenido la imaginación suficiente. ¿O tal vez no existía todavía el Sur de Barcelona? Para ser sinceros no tenemos muchas noticias de él, y esa aristocracia languideciente solo se atrevía con incursiones por los barrios del puerto, a la espera de una muerte lenta a manos de un mundo que ya no los podía acoger, o peor que los ignoraba… En todo caso no hubo tiempo para más huidas, la muerte no fue lenta, ya que se desata la gran tormenta que nos hace olvidarnos del Sur y del Norte y de todo lo que no sea sobrevivir. Son testigos de ello dos grandes mujeres: Natàlia, a la que conoceréis por su apodo: Colometa (*La plaça del diamant* – Mercè Rodoreda), y Trini (*Incerta glòria* – Joan Sales); acaso las dos mujeres más queribles de nuestra historia. ¡Cómo desearíamos abrazarlas y evadirnos de aquella oscuridad! ¿Al Sur? Adónde sea. La recuperación va a ser difícil, otra chica recién llegada a nuestra ciudad tras el gran desastre puede dar fe de ello, es Andrea (*Nada* – Carme Laforet) y solo estará un año en la calle Aribau y su huida no es hacia el Sur, sino hacia cualquier sitio… Pero advertimos que la gente que desde hace siglos siempre iba llegando a Barcelona, vuelve a llegar de nuevo, y algunos llegan del sur mismo. Entre ellos el más entrañable de todos los macarras: Manolo Reyes, también lo reconoceréis por su apodo: Pijoaparte (*Últimas tardes con Teresa* – Juan Marsé). Él va haciendo el camino contrario, y de alguna manera preparándolo para, una vez muerto el dictador, una vez vuelvan a caer otras murallas y de nuevo tras ellas solo nos encontremos a nosotros mismos, Carlos Stuart Pedrell (*Los mares del Sur* – MVM) huya por fin lejos, muy lejos… Nos dejó solos en Barcelona, bien acompañados durante un rato por Fernando Atienza (*El día del Watusi* – Francisco Casavella), que desde los bajos fondos le coge el ritmo a los ochenta, al destape, a los arribistas, y que como Carlos Stuart (¡ojo al dato!), también simula su huida de Barcelona para no ir muy lejos en el espacio: para habitar la otra realidad, la de la humanidad impregnando las calles, la del asfalto más hermoso y trágico, hospital de los pobres, patria de los valientes, donde se forjan las leyendas.

¿Pero acaso la historia se termina? Otras tempestades más modernas, llámense Juegos Olímpicos, han azotado nuestra ciudad. Y también sabemos que una sutil destrucción en forma de *bus turístic* nos espera a la vuelta de la esquina. ¿Quién nos llevará al Sur en estos días inciertos? ¿Quién sabrá vislumbrar el camino al Sur hoy en día? Algunos tipos insignificantes (Pérez Andújar, Zanón, Otero) podrían por casualidad, el día menos pensado, encontrar el mapa para salir de (y volver siempre a) Barcelona.

FLOTOGRAFÍAS

Por todos es sabido que cada ciudad, cada país, tiene el fantasma que se merece o necesita. Y según los merecimientos o las necesidades, puede requerirse hasta más de uno. En Estados Unidos por ejemplo, si en las carreteras cercanas a Hollywood, hay quien afirma que es fácil encontrarse con Marilyn, en Memphis no son pocos los que continúan viendo algunas noches a Elvis pasear por sus calles. Lejos de sorprenderme o provocarme incredulidad, entiendo que estas apariciones responden a una razón bien clara, una misión más bien: cuando la reencarnación de piel anaranjada y bizarro tupé de Nerón lo haya incendiado todo, ¿quién mejor que Marilyn y Elvis para transmitir a las futuras generaciones lo que mejor ha dado de sí el Imperio (o sea, su cine y su música)?

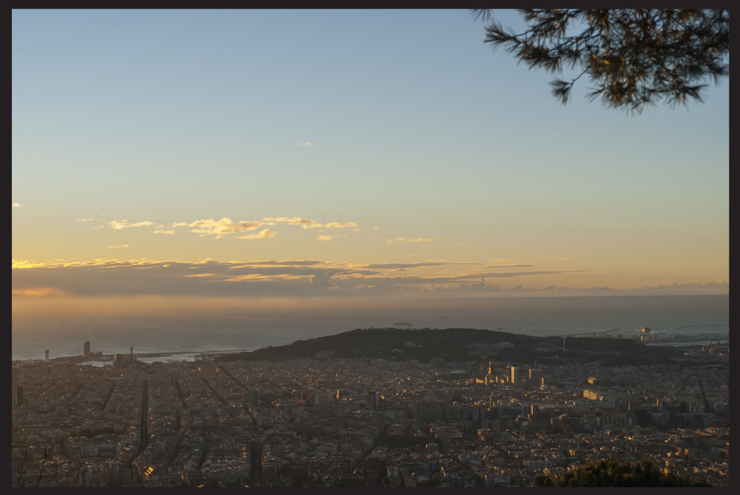
Más cerca de nosotros, el fenómeno pierde ciertamente *glamour* y gana en esperpento: el único espectro del que hay constancia con cierta frecuencia es el del dictador. Curiosamente (o no) suele aparecer rondando alguna siniestra cuneta, como si las estuviese inspeccionando o vigilando. En este caso sin embargo, sí me atrevo a poner en cuarentena la veracidad de estas apariciones: me resulta del todo incomprensible tanto esmero y resistencia en dejar este mundo cuando acomodados como están en el poder sus sucesores, nada hace presagiar que exista la más mínima posibilidad de que estas, las cunetas, acaben revelando los secretos y horrores que en ellas se esconden.

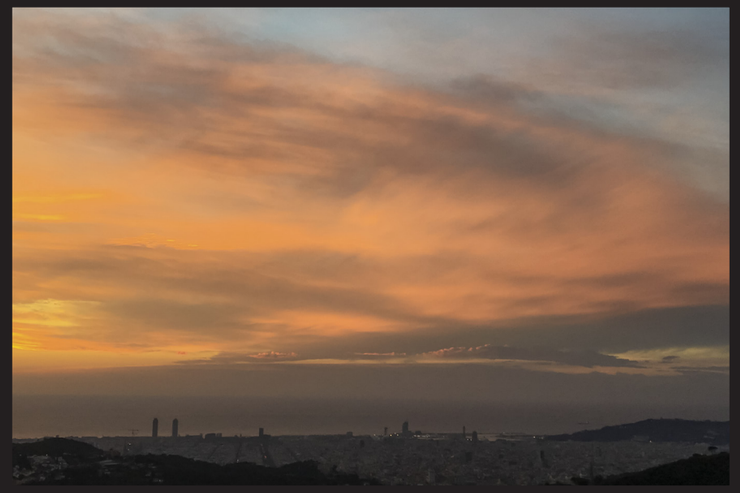
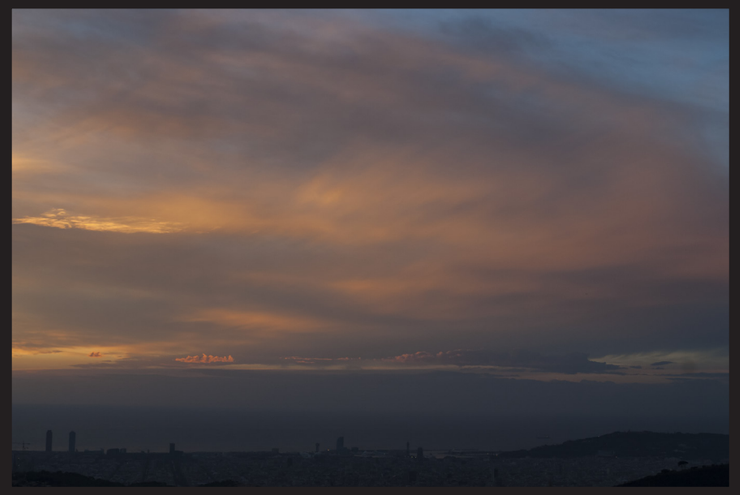
Si nos acercamos más a Barcelona, por los aledaños de Vallvidrera, raro es el vecino que no haya distinguido alguna madrugada la silueta adulta de «aquel niño del Raval que era el fenómeno, el modelo a seguir, de aquel colegio de la calle Hospital llevado por monjas: un niño descomunalmente cabezón llamado Manolito Vázquez Montalbán. Un niño que todo el mundo decía que era listísimo y que leía muy bien para su edad. Muy callado, eso sí, quizás porque no tenía padre aunque luego se supo que sí tenía, pero le habían metido en la cárcel por rojo»[1].

A pesar de haberme despertado al alba no pocos días estos últimos meses y haber recorrido cámara en mano los caminos donde se han señalizado estas apariciones con el anhelo de distinguir algún día la silueta del escritor y no haber tenido el menor éxito en la empresa, estoy convencido de que ninguno de estos vecinos miente y que Manuel Vázquez Montalbán sigue realizando estos paseos. El porqué de esta convicción se debe a que aún hoy, o todavía más hoy, casi quince años después de su muerte, Barcelona continúa necesitando a ese hombre que subió del Raval al Tibidabo, no por aburguesamiento o voluntad de alejarse de la ciudad sino precisamente para mejor observarla, comprender y retratar.

A pesar, como digo, de haber fracasado en la tarea de conseguir una instantánea de la silueta del escritor, y conociendo el espíritu festivo y juguetón de los fantasmas, dejo a disposición del lector de Placer algunas de las fotografía realizadas a lo largo de estas mañanas con la esperanza de que, tal vez, alguien con mejor vista o perspicacia que yo pueda descubrir alguna secreta señal o broma que nos pueda haber dejado el gran cronista de la ciudad y que a mí me haya pasado inadvertida.

1. *Un jardín abandonado*. Marcos Ordóñez. El Aleph Editores. 2013



TATUAJE

Paseamos por las enredaderas dispuestas para la criba anual de luces en los dientes de los profetas donde los ángeles tejen cortinas con el llanto de las velas. Éramos pequeños a la luz del abismo y gigantes en nuestro mutuo abrazo sobre las nieves de marzo; amor doble en los cristales del paseo subterráneo en la ristra de ojos y malabares que para nosotros cosieron los vientos del barrio chino. El beso entre los astros dentro de la piel humana y por las sinapsis corrieron los versos y las dulces esquirlas de metal turbado, siempre veo tus pasos en torno a la misma fuente de velas y carne; mañanas de sol en la planta tres rodeando tus brazos con humo tóxico y los ciegos salieron de las alcantarillas anunciando nuestro tren a las treinta del mes de sangre. Eras la Virgen en las jornadas de los pequeños tuertos en los años precedentes al estallido de las nubes en las órbitas de los enfermos; tan translúcida como el aliento metálico de la tierra y como este absorbido por mí para formar una imagen: la ciudad de Lembra, conocida por sus bellas cruces y sus ataúdes dorados. Los peces de la Plaza Real te han extrañado tanto que lloraban en el cajón donde los albergaba y los cables han comenzado a partir esta madrugada para buscarte, los he enviado desde una época a otra, perdidos en la jungla te han hallado de la mano de Blas de Lezo tejiendo el poema de nuestra España olvidada. Virgen ausente el muro me entierra en aquella mirada de dulces velos en la órbita del culto que te rindo en la procesión del barrio chino llorando por la muerte en tu partida. Ubres de las bodegas en vitrinas de hierba gris acuerdan con el sacerdote crearte de nuevo y llamarte Lágrima. Virgen infinita de pasos en la nieve plagados de miedo y comidos por las ponzoñas bullentes de la melancolía de mi vida. Las floristas de las Ramblas se han reunido con los malabaristas para crear un nuevo culto basado en la Virgen de besos discretos que creaba el vacío en las zonas angostas de los lagos negros con roces de cera. Los pies de tierra y las rosas de marzo han alzado sus cantos para destripar el cielo del barrio chino llagando las piedras con el nombre de Lágrima. Centeno en las partes con humo y cristal de enebro han urdido tu sayo de mieles perpetuas entregada a las numerosas sombras que habitan en el centro de los ríos. Tu nombre es Lágrima, tesoro de sangre, Virgen siniestra, adoradora en la estupa sagaz del crimen, exploradora en el asco que me da mi vida llorando en los puertos del sexo a través de los circos malditos encarnados en Cristo. Me has asesinado tan lentamente que he visto dos lunas en el cielo. Tu nombre es Lágrima.

PLACER

ANÁLISIS DE LA POESÍA DE VÁZQUEZ MONTALBÁN A PARTIR DE UN SOLO POEMA

Cuenta Josep Maria Castellet en el prólogo de la antología poética de Manuel Vázquez Montalbán (MVM) como a raíz de un incidente con dos profesores en el marco de una conferencia, tras arduas disquisiciones teóricas, MVM salió del paso diciendo: «Mire usted, yo soy un poeta…». Sorprende que un intelectual de su talla, prolífico ensayista y conocido por su narrativa, se declarara abiertamente poeta. Ciertamente, esta faceta de su producción literaria no es la más conocida, pero me atrevo a afirmar que en ella se encuentra el germen de toda su obra. MVM se inició como poeta en 1963, y desde entonces publicó poemarios de manera bastante continua hasta 1990. Más tarde solamente publicó algunos libros de poca tirada. Toda su obra se fue reuniendo en el volumen *Memoria y deseo*, ampliado tres veces. En particular, es también conocido por haber formado parte de la famosa antología del citado Castellet: *Nueve novísimos poetas españoles*, en la que a pesar de ser publicada en 1970, MVM ya figura como uno de los seniors. Nos encontramos, por lo tanto, ante una obra bastante amplia, que abarca varias décadas, enmarcado en un grupo que deja atrás la generación del 50 y la poesía social, sin recibir todavía la consideración de poetas de la experiencia. Por ello, sería insensato abordar un profundo análisis de toda la obra poética de MVM en este artículo. Sin embargo, me gustaría señalar algunos aspectos interesantes de su poesía, y hacerlo a través del análisis de un solo poema; y a partir de este, ir destacando algunas características básicas que, como se verá, son también comunes a su obra no poética. El poema que he escogido para este análisis pertenece al volumen *A la sombra de las muchachas sin flor*, y se titula: «Ciegos movimientos subjetivos hacia el recuerdo de una noche de San Juan, espacial la sexual alegría popular», un largo poema situado en el contexto de una *nit de Sant Joan* de los años 70 en Barcelona.

Venecianismo. Este concepto ha sido utilizado para toda la generación de los novísimos y se puede resumir en una exacerbación de lo estético y el culto a la belleza. Tal vez no sea MVM el más destacado en este ámbito, sin embargo creo, a raíz de su forma de versar y la utilización de palabras melodiosas, que el poeta pretende imprimir un acento puramente estético al poema. Así empieza el poema:

Nadie vio cambiar el plumaje negro de las aves ciegas
y nocturnas
pero de pronto todo lo llenaron de burbujas eternas…

Me parece que el uso del verso corto para incidir precisamente en la belleza del verso anterior denota una querencia por lo estético, un regodeo en lo recargado y placentero. Otro ejemplo más adelante, donde además carga la rima:

Cada clan en su isla bajo las guirnaldas
en olor a pólvora rota por invisibles pilletes ahogados en
calles
abisales
entre la agónica luz de las últimas hogueras.

Densidad conceptual. Tras acusar al poeta de veneciano, tal vez sorprenda este siguiente concepto. En mi opinión, una de las características principales de toda la obra de MVM es su densidad, sea cual sea el tema que se estuviera tratando. Esto se ve ampliamente reflejado en su obra ensayística, y también en su narrativa: no hay página de sus novelas en la cual no lance uno o dos conceptos sobre el lector, ya sea en forma de descripción, conversación e incluso acción. No se puede afirmar que fuera un autor económico, pero sí que no hay relleno en el estilo. Imaginen esta densidad conceptual llevada a la poesía, por ejemplo el mismo título del poema que nos ocupa. O los siguientes versos del mismo:

podíamos suponer los fingimientos de su audacia
la locuacidad anualmente recuperada
fugitivos cerebros de la cárcel lingüística de precarias
relaciones de producción
guardaban para ocasiones similares lo mejor de sí mismos

Conceptos sociales y políticos, incluso económicos que se funden entre los versos. Como no, también conceptos literarios y personales:

presentimos –oh nuestra imaginación literaria– que
el amor
a ciertos niveles culturales
se limita a una dominante superposición silenciosa
algún quejido fingido o incontrolado

Densidad poética. He querido distinguir la densidad poética de la conceptual, aunque son obviamente muy cercanas. Aquí me refiero a la capacidad de dar con uno de esos versos que se repetirá en la mente del lector, que no se puede desmenuzar. Un solo verso conteniendo tantos significados que el lector puede darle el suyo. Es más, un verso que puede producir en el mismo lector diferentes significados dependiendo de su estado de ánimo, o del tiempo. En este poema hay uno de esos grandes versos casi escondidos:

no sabíamos aún que cada animal finge su épica

Con su permiso, para que se me entienda, debemos aquí salir un momento de este poema e ir en busca de otros versos de este tipo. Por ejemplo, esta pregunta que lanza al final del poema corto «Verano y humo», y que me dejó enmarañado en la doble negación mucho tiempo; que finalmente dejé por imposible, aunque siempre me acompaña:

[…] cuando los veleros
mienten puertos ansiados y el aire
salino no pregunta
¿quién
quién no teme perder lo que no ama?

Y por supuesto cabe también citar el verso que da nombre a su antología personal. También de un corto poema, en este caso sobre un viajero en Tailandia, poema premonitorio de la muerte del autor en el aeropuerto de Bangkok unos años después:

→

[…] y sonríe en la ignorancia
de que la distancia
permite a la memoria cumplir nuestros deseos.

El collage. Volvamos a nuestro poema. La introducción de elementos de diferente origen es una característica obvia en toda la poesía moderna. MVM además es de los primeros en introducir elementos de la cultura popular. En el poema que nos ocupa, se cita sin problema a Clark Gable o Marlon Brando. Otro ejemplo es un verso en portugués, tomado de una canción que están escuchando. La música popular fue ampliamente utilizada como recurso durante toda su obra, cabe simplemente mencionar el título que le dio a uno de sus últimos libros: *Pero el viajero que huye*.

Lo social. Es ciertamente difícil tratar a MVM como intelectual socialmente comprometido. Aunque como persona tuvo un claro compromiso (véase el artículo «Vázquez Montalbán. Una aproximació personal»), y era un gran analista político, no era lo que se suele considerar un escritor social. En concreto, en su poesía, esta pulsión suele tener dos salidas: el **desencanto** y la **ironía**. Para afinar un poco más a lo que me refiero con el desencanto véase el artículo «El desencanto de Carvalho», pero no puedo menos que citar estos versos finales de otro poema, concretamente el siguiente en el libro que estamos analizando, y que se titula «Sin pedir piedad, dormir».

[…] llegará la noche
recuperaré el rostro civil
pasajero
por un mundo que no podré cambiar

En cuanto a la **ironía**, me gustaría casi tomarla desde este concepto de lo social y elevarla a categoría de **humor**. Puedo decir sin ambages que este es un elemento clave en la poesía de MVM. Simplemente lean la poética que escribió para su selección de los *Nueve novísimos* (se le pidió a cada uno de los integrantes de la antología que escribiera una poética) o el poema «No corras papá», que en mi opinión es hilarante. Y en el poema que estamos analizando, nada más y nada menos en un momento de alta tensión poética:

[…]
la ciudad en llamas
el olor a pólvora
la noche fría y cálida en su perfección
y tú semidesnuda
en un sobreático de matrimonio amigo y
progresista
que había acudido a cierta fiesta
donde estrenaban himnos en chino comunista

La precisión. Para acabar, confieso que el rasgo que más me impresiona del MVM poeta es su pasmosa precisión, su control del lenguaje dentro del mensaje poético. Puede parecer sutil, pero eso lo distingue claramente de otros grandes poetas que, aunque trabajan el ritmo y el verso, pierden ese control. Para ello les invito a leer los últimos versos del poema, les invito a hacerlo en voz alta y luego a pasar un par de minutos en silencio. Entonces comentaré un par de estas sutilezas.

PLACER

[…]
pero siempre recuerdo aquella noche cuando me replanteo
por qué probablemente te querré siempre
por qué la nostalgia del paraíso
exige el sacrificio de un elevado tanto por ciento de
realidad
por qué la huida es el estado perfecto de los seres
que han intentado saber el nombre de cuanto les rodea
la intención de todo lo que hacen
los abismos que te dejan en las fauces del absoluto

Explicar la poesía es como dar rodeos hasta encontrarse en el mismo sitio. Digamos que puede resultar absurdo. Pero sí se puede analizar desde varios puntos de vista, y estos últimos versos darían para una tesis doctoral. Igualmente me gustaría detenerme un instante en el concepto de precisión, encarnada en dos únicas palabras. La primera en el segundo verso: «probablemente». Con lo fácil que hubiera sido decir que sí, que la querrá siempre, pase lo que pase, hasta el final de sus días su amor será eterno e inmutable, y así nos hubiéramos quedado todos, incluida la interpelada, algo más tranquilos e idiotizados; la segunda, y con esto acabamos, en el sexto verso: «seres», no personas, no hombres o mujeres, sino «seres», apretando la tecla de lo trascendente (el poema acaba con la palabra «absoluto»), haciendo de la poesía algo universal y místico, aunque se escriba desde una ciudad a orillas del Mediterráneo una *nit de Sant Joan* de hace más de treinta años.

BLANCO Y NEGRO

El cuento, ese género tan bonito y denostado que da tanto placer como hambre a sus autores. Sí, puedo afirmar que si Manuel Vázquez Montalbán no se hubiera dedicado tan en cuerpo y alma a sus novelas, a su Carvalho, hubiera sido un magnífico cuentista. Rectifico: fue un magnífico cuentista, porque escribió relato. Leyendo sus cuentos te das cuenta, sin ánimo de querer hacer juegos de palabras, de que era un gigante. Se divertía, y eso se nota. Se nota porque se le intuye sin la presión del que persigue un fin complejo como una antología de cuentos, porque se recrea y gamberrea como el prolijo y magnífico escritor que fue y muestra aquello que quizá, solo quizá, no pudo mostrar en el resto de su obra. Sus cuentos, diseminados en varias publicaciones, nos enseñan un Váquez Montalbán culto, erudito, amante de la historia, de la filosofía, de la literatura, crítico con la modernidad, con el gusto morboso de lo decadente y con sentido del humor. ¡Hágalo mejor usted, lector, si tiene agallas!

La editorial Galaxia Gutenberg publicó en 2011 un magnífico volumen titulado *Cuentos blancos* que recoge publicaciones de procedencias diversas entre 1982 y 2000, en orden cronológico, que se podrían catalogar dentro del relato corto. Si bien no son todas las narraciones de este tipo publicadas por Vázquez Montalbán, son una gran muestra de ellas. Me he permitido la licencia, pues sobre mis palabras todavía mando yo, de comentar algunos aspectos de estas narraciones que me parecen interesantes con el ánimo de animar al lector a acercarse a los relatos del gran escritor barcelonés.

«Bestiario» abre el volumen con una sátira del presente político de la época mezclada con fútbol. El cuento se publica un año después del fallido golpe de estado del 23-F y a meses del comienzo del mundial de fútbol de España 82. ¿Líderes políticos reunidos con los mandamases del fútbol de la época? Si algo tan banal como el fútbol (lo digo yo, amante del balompié) se mezcla con la política, se nos pueden venir a la mente las palabras opio y pueblo y ya tenemos clara la declaración de intenciones.

En «La piedad peligrosa» nos encontramos con el autor de novela negra hablando a través de un asesino despiadado que explica de manera espeluznante los motivos que le llevan a matar. La lógica aplastante de quien tiene premisas distintas a las de la mayoría cuerda busca, quizá, dar sentido a la realidad de una mente tan disfuncional como la del protagonista. Al lector el motivo le parecerá ridículo; para el asesino es cuestión de muerte.

«Historia del amor de la dama de ámbar» narra una infidelidad sin pretensiones moralizantes. Escribir sobre un tema tan manido no es fácil, pero Vázquez Montalbán juega con las palabras, se recrea, se pasea por los bajos fondos de las pasiones y juega con el erotismo. Se gusta y disfruta, lo que se transmite al lector.

Volvemos al cuento negro en «Pensión Villa Benci», donde asistimos a la narración de un asesinato y a lo que se le pasa por la cabeza a quien ha estado presente en ese momento y siente la espada de Damocles sobre su cabeza, pues se sabe sospechoso. Es uno de esos difíciles relatos en los que la descripción de los pensamientos es más breve que el momento en el que transcurren, ejecutado de manera efectiva. El surrealismo se asoma en algunos párrafos.

Uno de los momentos más gloriosos del libro lo encontramos en «El festín de Pierre Ebuka o Reflexiones sobre los riesgos de la decadencia europea». Asistimos al juicio contra Ebuka, un hombre juzgado por canibalismo que plantea su actividad como cultural, pues se come a sus víctimas preparando un plato relacionado con la cultura de la que proceden y aderezado con los productos del país del que es originaria la víctima.

PLACER

Los asesinos en general apasionaban al autor, y muestra de ello es «Fragmento de las probables memorias del joven Estrangulador de Boston», donde se vuelven a narrar, esta vez en primera persona, los motivos que llevan al protagonista a asesinar. Es un nuevo intento de racionalizar un asesinato a través de la visión distorsionada del asesino. Relato negro salpicado de humor en el que los detalles del asesinato son los protagonistas, según el asesino, claro.

El siguiente relato, «La Navidad del joven Estrangulador de Boston», bien podría ser la precuela del anterior. El protagonista nos cuenta su primer asesinato y los motivos, por supuesto, que le llevan a ello. Es un relato negro, humorístico y quizá una sátira sobre la moral de clases. Lo monstruoso (y apasionante) de Montalbán es que llegas a encontrar razonable que el asesino lo sea.

«El niño y el perro» es una historia donde un niño casi vagabundo es mordido por un perro callejero. El niño decide buscar al perro para matarlo y saber si tiene la rabia. Ahonda en las tristes y desdichadas historias de ambos, que se cruzan. Lo interesante del cuento es el inicio y el final, donde se hace referencia a unas declaraciones económicas del Ministerio de Industria. Se trata de un preludio y de un epílogo enmascarados que buscan enfrentar la contemporaneidad de vidas y mundos tan distintos como el económico (la verdad oficial), el del niño o incluso el del perro, peor aún que el del niño.

Quizá «50 años después de la derrota aliada» sea el relato más sobresaliente. Es una magistral ficción histórica que da como cierta la derrota aliada en el desembarco de Normandía. Asistimos a un discurso del secretario general del Partido Comunista de la URSS de España. Tras su triunfo y extensión por el viejo continente, el fascismo triunfó para acabar muriendo de éxito en la década de los cincuenta. Diversas revoluciones provocaron el triunfo del comunismo en varios países. Y jamás adivinará, querido lector, quién es el presidente de España en esta historia.

Vázquez Montalbán también sabía hacer humor del pesimismo social. «Caperucita y el problema del paro» narra en primera persona las penurias de una joven de 30 años con obesidad, odiada por su madre, por su abuela y que fracasa estrepitosamente en su intento por ligar.

Al autor le gustaban más las sátiras que la buena cocina, que ya es decir, y más si es sobre los valores (o ausencia de ellos) de las clases sociales. «La polaca» es una divertida sátira sobre los supuestos valores de la derecha. Una doctora en filosofía polaca huida de su país en la época comunista acaba de sirvienta en casa de un diputado conservador. Las reflexiones morales, contadas por el diputado en primera persona, son una sátira del mundo capitalista y burgués: corrupción moral e hipocresía.

«Los privilegios de la edad» cuenta el epílogo de una relación de una pareja bien avenida (económica y socialmente). Él construye un muro para aislarse en la parte alta del dúplex conyugal y ella inicia una correspondencia mediante fax en la que ambos se sinceran y hacen balance de su vida en común. Él busca una especie de purga ascética y deshacerse de lo que ha sido como única salida a su vida tras mucho meditarlo. Hijos mediante, se dicen cosas muy duras. Infidelidades, expectativas fallidas… un recorrido por los bajos fondos de las relaciones humanas.

Cómo o quién sugirió a Vázquez Montalbán la idea de escribir «Lecciones de geografía e historia» me intriga profundamente, pues hacer un relato sobre el perfil del padre de Franco es muy atrevido. Enmarcada en El Ferrol en la época de la pérdida de Cuba y Filipinas, la historia nos muestra a un padre que echa en cara a su hijo que sea un orador, pues según sus palabras el Imperio (español, se entiende) se ha perdido por las palabras sin acciones, y no quiere que su hijo sea un simple orador. La madre, encantada con su hijo, al que el resto de hermanos no puede ni ver, le hace recitar una poesía sobre la geografía de España cuando era más vasta (las glorias perdidas). El niño, obsesionado con lo español, apunta maneras.

El autor, barcelonés de pro, nos regala en «Bolero o Sobre la recuperación de los barrios históricos en las ciudades con vocación posmoderna» un relato costumbrista del barrio chino (proba-

→

blemente) de la ciudad que le vio nacer, barrio hoy rebautizado como el Raval, que se enmarca en su proceso de *gentrificación* antes de que este término se acuñara o se pusiera de moda. Hace un homenaje a sus moradores, no sé si primigenios, pero sí anteriores. Se recrea en las vidas de los perdedores, de los sufridores, en la facilidad con que eso se olvida y en el esfuerzo que se hace para borrar toda huella de que eso pasó.

«Una lectora corrige a su escritor preferido» muestra la divertida correspondencia unidireccional que ejerce una fanática de un escritor contra él criticando su última novela. Diversos faxes se suceden aumentando el tono de crítica de la admiradora al no verse contestada. Una divertida y genial crítica a la mitomanía.

En «Donde se cuestiona el bombardeo de Guernica» se narra la historia de dos policías franquistas que reciben el encargo de custodiar el traslado a Madrid de El Guernica de Picasso. Es narrada en clave humorística en primera persona por uno de ellos. Su padre siempre le había dicho que Guernica nunca había sido bombardeada en la Guerra Civil española. Un retrato del antes y del después, si es que esta diferenciación tiene algún sentido.

«El muchacho que había huido de casa» narra la historia de un cantante de un viejo grupo de rock, proveniente de una familia acomodada y responsable de una fábrica de conservas. Se hace un retrato de un estereotipo concreto, el de aquellos individuos que hacen de la rebeldía su fin, no el medio para conseguir un objetivo. Una incursión sobre los irracionales comportamientos humanos.

Como se aprecia, los *Cuentos blancos* de Vázquez Montalbán tienen muchos matices y son un auténtico desahogo literario. Yo seguiré diseccionando cuentos, pues sigo (en este momento) enganchado a la lectura de otros relatos de Vázquez Montalbán. Si después de lo comentado, usted, lector, no tiene curiosidad por la narrativa corta del autor, no puedo hacer más por la causa. Pero no sea tímido ni perezoso, el mundo del cuento es fantástico, y los más grandes, como en este caso, hacen del cuento un arte difícilmente imitable. Disfrútelos, hágase el favor.

PLACER

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN VS OSVALDO SORIANO

EL FUTBOL, DE LA FRUSTRACIÓN A LA VICTORIA

COINCIDENCIAS Y DESAMORES DE DOS GRANDES QUE FUERON PROTAGONISTAS EN SUS RELATOS SOBRE LA «PASIÓN FUTBOLERA»

Si Míster Peregrino Fernández los hubiera tenido en cualquiera de sus equipos, los hubiera descartado por la misma razón: «Pibe (les hubiera dicho indistintamente a uno u otro) la calvicie no es tan grave, esa panza cervecera… los he tenido más gordos y eran unos cracks, pero en los vestuarios no nos gustan los periodistas, tarde o temprano la profesión les aflora por las venas y se van de boca… y seamos realistas, al momento de llenar de la heladera, usted sabe que le será más fácil vender un secreto que marcar un golazo a lo Cruyff o a lo Sanfilippo…». El Míster Peregrino siempre era así te hería, pero con una pluma, con una caricia, como cortarte la yema del dedo con el filo de la hoja de tu libro favorito, parece que no ha pasado nada pero la herida empieza a sangrar rápido. Y «el Gordo», porque a estas alturas ya es «el Gordo» no levanta la cabeza, no mira al míster a los ojos, como con un gesto de sana vergüenza intenta bajarse la camiseta azulgrana hasta el elástico de los pantalones y ve que no llega, lo reconoce, como reconoce que llegado el caso escribiría un relato sobre este equipo de «matados» al que una tarde, nadie sabe cómo, llegó misteriosamente el Peregrino Fernández con verdades del fútbol que solo las sabe quién la vive.

No se hubiera equivocado el veterano técnico, no. Poco tiempo después, desde alguna agencia de noticias francesa o en la redacción de un periódico antifranquista, este joven con su calva incipiente y un puro entre los dedos seguía, cable a cable, o por teléfono, los periplos blaugranas al borde de ese precipicio infame llamado descenso, y cuando Ramos o «Pichi» Alonso erraban ese penal y todo se hacía tan negro y París o Barcelona se caían encima de sus hombros, y esa pregunta flotaba en su cabeza «¿por qué carajo no pateo Jack Mortimer?». Y cuando al final llegó ese tan anunciado final, ese último y temido cable que ya no querrían leer, entonces, en ese momento, la imagen de aquel viajero cansado, consejero y amigo que en un vestuario le había dado su llave para hacer justicia deportiva se hizo nítida, se figuró real y desde la rabia o el desconsuelo encontraron su lugar en el mundo del fútbol, un sitio al que entrarían por la puerta grande.

Textos inteligentes, realistas, ácidos, divertidos sin dogmatismo literario, sin desprestigiar sus capacidades como escritores, con toda la pasión futbolera de un hincha. Allí empezaron a convivir en sus historias desde aquellos carteles que anunciaban los «matchs» en las paredes de los comercios a la fundación mítica del club, la elección o casualidad que los llevó a usar esos colores; desde los partidos históricos y goles extraordinarios a la crítica más política y profunda a la dirigencia actual del club, y claro, tanto escribir y escribir, la mano se iba calentando y el futbolista le pedía paso al periodista, y los medios de prensa llamaban si ganaban o si perdían, o si empataban agónicamente, o en la víspera del clásico y hasta de los mundiales. Y la pluma relegó las anécdotas de los partidos en el barrio chino o del gol al «negro» Graneros en detrimento de historias del día a día del club y sus ídolos, del país y los colores de la justicia social, y la frase que nunca dijo Míster Peregrino Fernández cada día ganaba más peso, entonces las historias de los años felices se fueron transformando en verdaderos referentes azulgranas y de toda la pasión futbolera.

El Gordo o los Gordos (ya si se me permite este abuso de confianza), nunca usarán la «9» de Mortimer pero han ganado incontables partidos en la ficción de sus relatos, han conocido a sus jugadores más admirados y se han transformado en un modelo de los aficionados sin haber vestido nunca la elástica en el campo. Y si hubiera cielo para futboleros y un día en un bar cualquiera se les aparecería el Míster Peregrino que entre copas y aventuras personales les podría llegar a confesar: «Al final se las ingeniaron bien, pibes, sin usurpar la función de los dioses que en otros tiempos guiaron la conducta de los hombres sin aportar consuelos sobrenaturales, sino simplemente la terapia del grito más irracional: consiguieron salvar el gol y de paso al centroforward. Pero la verdad es que a mí nunca me gustaron los periodistas», después se dejaría invitar dos o tres wiskys y se marcharía al túnel antes de que acabe el partido, seguirían sin gustarle los finales, él ya sabía qué decirle a cada jugador fuera cual fuera el resultado del partido.

MARIDAJE DEL SUR (DITIRAMBO)

Vino

Me has pisado con tanta fuerza y durante tanto tiempo que de la papilla podrida que fue mi rostro han alzado el vuelo cientos de cuervos que ahora sollozan en torno tuyo pidiendo limosna y cierta dejadez en el tono y en la mano que denota la llegada del abismo a las verjas doradas del hospital psiquiátrico.
Blanc de Blancs y humo en el cielo cuajado de arrugas que la condescendencia amarga de tu compañía derrama sobre la tragedia de estar vivo y borracho a tu lado. Amarga maestra de los fermentos más sutiles elaborados por el capitalismo en su laboratorio inhumano, crees adorar a Dioniso mientras por las calles de Vallvidrera mueren sinceros animales para tu complacencia, deleite y fervor de hada.

Comida

El himno del cuerpo que me has negado con una crueldad inimaginable para alguien con estudios se basa en tres platos: la humillación, la cobardía y el viento inhumano que corta las caras y que cortó la mía. Los monstruos han vuelto a rondarte y no han visto un rostro humano en las comidas que preparas con el llanto de los animales. Hipnótica y mistérica me dejaste perecer durante años en ollas esmeralda a orillas del río de sangre, tu llanto estigio era alimento para los cobardes y dulces hienas venían a tus pies en busca de una costilla llena de arena y fulgor. Satánica, preparabas comidas eternas.

Postre

El punto que me falta para alcanzar la perfección en tus rituales innombrables es el dulce más puro pues denota que soy el más humano de tus esclavos. Me has engordado con poesía y falacias para devorarme al final de tus platos, bacante de hiel postrada ante la cruz de los silogismos de piedra, muda en tu deambular entre las costillas de los caballos hasta turbarte por una promesa de danza que nunca se cumple (mientras, en la oscuridad de los bancos, las cuentas corrientes van aumentando). Eres tan profundamente sexual que los árboles lloran nácar cuando hablas.

PLACER

CARVALHO: LOS PÁJAROS DE BANGKOK

TAMAÑO 0,4 MB

He aquí que al poco de empezar el presente número descubrimos (el Consejo Editorial) que había un juego para ordenador titulado *Carvalho: Los pájaros de Bangkok*. De los antiguos, ¡en cinta! Contactamos, claro, con nuestro experto (es posible que recuerden aún a Dave Justus). Y, como ahondamos casi al final de la revista, ocurrió una causalidad bien casual: «¡Sí, nos respondió, es justo lo que iba a hacer!» ¿No les parece entrañable que se produzcan estas conexiones? En este mundo infinito en el que vamos dando tumbos sin sentido (lo de las partículas brownianas, sí, somos un poco pesados), ocasionalmente, chocamos y nos encontramos, milagrosamente juntos por un instante. En fin, hasta aquí el apunte poético. Lo que viene ya es la reseña del juego. Sólo cabe añadir que esta es lo más fidedigna posible, destacando algunos de los elementos más característicos o curiosos. No ha sido necesario ningún artificio, ya que realmente el juego es de lo más literario…

Descripción

La historia comienza un día cualquiera y en una ciudad que no viene al caso nombrar, cuando el detective —en este caso, tú, Pepe Carvalho— recibe desde Bangkok una misteriosa llamada de una vieja amiga, Teresa Marsé, que muy asustada requiere tu ayuda:

—Es un milagro que pueda llamarte. Estoy en un apuro. Quieren matarnos, Pepe…
—¿Mataros? ¿A quién? ¿A toda la expedición? ¿A la raza blanca? ¿A los catalanes?
—A Archit y a mí.
—¿Quién es Archit?
—Es muy largo de contar y no estoy segura aquí. Es mi acompañante. Nos persiguen, Pepe. Te estoy hablando en serio, haz algo. ¡Ven, Pepe!

Con estos datos y sufriendo todo tipo de penalidades, reúnes a su familia (su hijo, un camarero; su marido, cuidador de perros; y su padre, un viejo tacaño y millonario que no quiere saber nada de ella) en la agencia de viajes que la llevó a Bangkok, donde su guía, informa a todos de lo sucedido: «En Bangkok, Teresa conoce a un joven nativo —Archit— del que se enamora, pero este resulta ser un traficante de diamantes. A Teresa no se le ocurre otra cosa que convencerle para que robe diamantes a su jefe —Jungle Kid— pero el hijo de este los descubre, y a Archit no le queda otro remedio que matarle. Ahora toda la mafia tailandesa les persigue, y les será difícil escapar…». Con todo esto, nadie parece querer ir a buscar a Teresa o contratar a alguien para el viaje. Sin embargo, consigues convencer a su padre de que hay que hacer algo, y te elige como voluntario forzoso tras regatear el precio del viaje con el dueño de la agencia. Además se niega a darte más de 200.000 búths para el viaje…

Vocabulario

La mayor parte de las aventuras conversacionales editadas en castellano han utilizado el infinitivo como tiempo verbal con que hacer las entradas desde teclado (ej. coger libro) dando lugar a malsonantes frases en el más puro estilo *sioux*. Más tarde, se evolucionó hacia el uso del imperativo (ej. coge el libro) consiguiéndose un estilo mucho más cercano al lenguaje natural. En *Los Pájaros de Bangkok* hemos combinado ambos métodos de dicción, ya que debido a la influencia de las aventuras británicas, está muy arraigado en numerosos aventureros la costumbre del uso del infinitivo.

Por otro lado, la forma *standard* de entrada que utiliza el analizador sintáctico aquí usado es VERBO + SUSTANTIVO + SUSTANTIV02. Además de estas categorías podemos incluir otras, u omitir alguna de estas, pudiendo utilizar los signos de puntuación ordinarios para enlazar distintas proposiciones y así conseguir frases tan complejas como «súbete al taxi, dile al taxista que vaya a la embajada, espera a que llegue, págale, sal del taxi…».

Un resumen de vocabulario utilizado es:

—N(ORTE), S(UR), E(STE), O(ESTE), AR(RIBA), A(BAJO): Direcciones a las que se puede ir.

—I(NVENTARIO): Da la lista de los objetos que llevas.

—SAVE, LOAD: Salvar y cargar la actual posición en cinta, útil para volver a jugar desde un punto de la aventura (en CPC 6128 operaciones en disco).

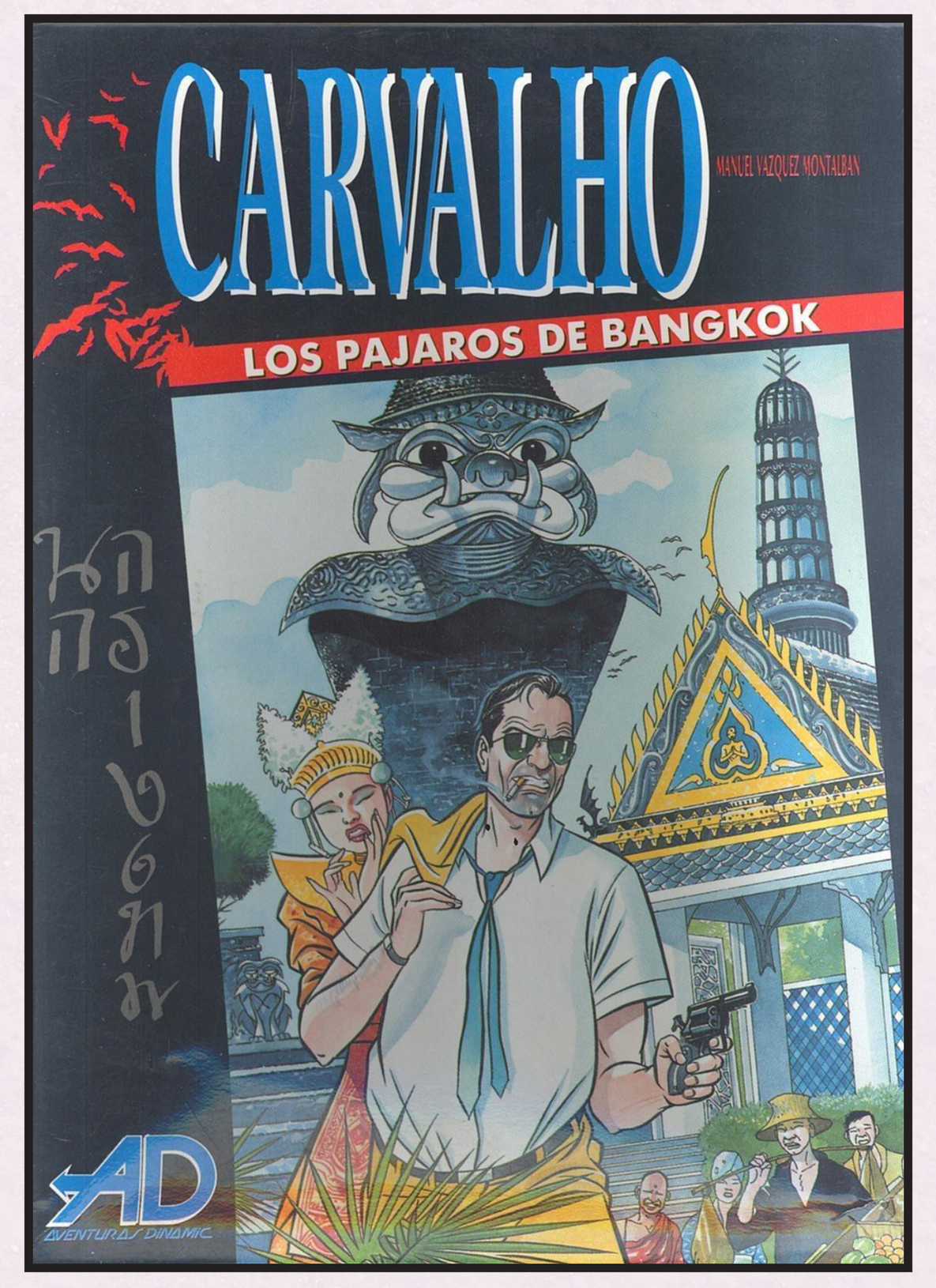
—QUIT: Abandona la partida actual comenzando desde el principio.

—REDE(SUSCRIBIR), LOOK: Repite la descripción de la localización en la que te encuentres. Se ha decidido optar por REDE y LOOK en lugar del ya habitual MIRAR, debido al paralelismo de este último con EXAMINAR, palabra de la que es sinónimo.

—EXAMINAR: Amplía la descripción de ciertos objetos, o nos da características antes ocultas en ellos (véase CONSEJOS PRÁCTICOS).

—MODE: Te permite jugar con o sin gráficos, con lo que consigues una mayor velocidad en la aparición de descripciones, y aumenta la cantidad de texto en pantalla.

—COMER, SALIR, ENTRAR, ABRIR, COGER, DEJAR, etc.



Consejos prácticos

Si eres nuevo en este fantástico mundo, el de las aventuras, quizás te sea útil leer esta sección.

—Para moverte por el escenario, se dan unos verbos que se corresponden con los cuatro puntos cardinales (N, S, E y 0) además de poder ir ARRIBA o ABAJO.

También has de tener en cuenta que puedes entrar y salir de muchos sitios. Cada objeto, personaje, lugar… nuevo que encuentres, deberás examinarlo. Con ello se te darán muchas pistas, que casi siempre son inútiles durante el desarrollo de la partida.

—A cada paso positivo que consigas, salva la partida, ya que si te metes en algún lío, tienes una salida rápida volviendo a cargar, y no teniendo que repetir todo lo que habías conseguido.

—En cualquier juego, todos los lugares, personajes… suelen ser útiles para llegar hasta el final del juego (ningún programador en su sano juicio desperdicia memoria en puntos que no sean absolutamente necesarios).

—Procura hacer un mapa del juego. Aunque lo veas inútil, los más expertos aventureros lo hacen siempre.

—Sé lógico, no seas bruto. ¡A los enemigos no hay que matarlos! ¡No hay que reventar puertas! Prueba a dialogar, o a buscar una llave…

—Por último, queda decirte que es normal que después del primer minuto frente a una aventura te hayas aburrido, o que sin querer (o queriendo), hayas hecho uso del imparcial botón de RESET. Prueba a jugar de nuevo. Las aventuras son como la tónica: al principio no gustan pero después crean verdaderos adictos…

Advertencias

El argumento del libro *Los Pájaros de Bangkok* no se corresponde exactamente con lo descrito en este juego. Ello se debe a que hemos buscado la máxima adictividad y fugabilidad de la aventura. Este juego consta de dos versiones. En una cara de la cinta encontrarás un juego más sencillo, para principiantes, y con más gráficos. En la otra cara, la versión está menos ilustrada y preparada solo para los más intrépidos aventureros. Si no te encuentras entre estos no te molestes en cargarla.

EL DESENCANTO DE CARVALHO

Desde que el Consejo Editorial informó que el primer número de PLACER de 2017 estaría dedicado a MVM, no he podido dejar de notar cierta efusión entre los miembros de La Mordida con los que he intercambiado opiniones. Esta sensación no es nueva: en ocasiones anteriores, comentando las novelas de Carvalho, algún artículo de opinión del autor cuando estaba vivo, o alguna anécdota cualquiera alrededor de su obra o su persona, he podido sentir esa ebullición, esa pequeña exaltación en la conversación, acompañada incluso de sonrisas. El otro día un miembro de La Mordida tal vez diera en el clavo, diciendo llanamente que estábamos excitados porque era un autor al que conocíamos mucho. No negaré que el simple hecho de conocer mucho algo o alguien suele tener un efecto estimulante cuando varias personas intercambian opiniones sobre ello, pero creo que hay otra razón para esta actitud: la obra de MVM es amplia y se ocupa sin ambages tanto de asuntos elevados como de temas populares: la gastronomía, el politiqueo, la ciudad, la historia reciente, el fútbol, todo tipo de cosas que pueden ser profundas, pero que también dan para el comentario fácil. Y todo lo fácil puede ser guasón.

MVM no parece un autor trágico, no es un vetusto señor como Cela o Umbral, o incluso como Marsé, su prosa es rica pero amena, lanza dardos, compone versos, cita coplas, canta goles, le encanta comer y beber, no es extraño que a todos nos caiga en gracia, que nos excite el espíritu acercarnos a él… Pero digo que todo esto me sorprende, porque en realidad no hay en su obra mucho lugar para el optimismo. Para ilustrarlo elegiré dos finales de novelas de Carvalho (AVISO: a partir de aquí *spoilers*), esa serie de obras que empiezan con una novelilla surrealista, casi jocosa, y que cuenta las andanzas de un detective irónico, que quema libros para encender su chimenea, cuya novia es una puta del Raval, y tiene como socio a un expresidiario y sanchopancesco Biscuter. ¡No digan que no es todo muy divertido!

Personalmente considero que el núcleo carvalhiano lo conforman tres de las primeras novelas de la saga: *La soledad del mánager*, *Los mares del Sur* y *Los pájaros de Bangkok*. La primera demasiado ambiciosa tal vez, abiertamente crítica, la última una gran novela de aventuras en pleno siglo XX, y también sin discusión una tragedia en toda regla. Pero creo que es en *Los mares del Sur* donde MVM da con la medida justa de sus capacidades como escritor, donde su estilo natural se ajusta más a la historia, el contexto y los personajes. Por eso es realmente un gozo absoluto leer y releer esta novela tan enriquecida en conceptos y tan sentimental a la vez. El equilibrio que debía hacer MVM con Carvalho era ciertamente espinoso, se podría pasar de local, o de ambicioso, o de ilustrado, o de político-social, o de inverosímil. Hay claros ejemplos posteriores, como *El premio* o *El balneario*, donde solo su magnífica prosa lo salva del desastre ante la descompensación de una de las facetas que dominaba la historia alrededor del detective. Tal vez lo mejor a partir de la segunda mitad de los ochenta y los noventa sea su producción cuentística y *El delantero centro fue asesinado al atardecer*. Esta última también es una tragedia de manual, lo que me recuerda que este artículo lo que pretendía es analizar ese desencanto carvalhiano, ese que parece ignorarse entre la exaltación y verborrea que produce la obra de nuestro autor. Sirva como ejemplo el botón de este párrafo.

Volvamos a *Los mares del Sur*, concretamente a su final. Un final de esos apoteósicos, pero que tal vez pasa desapercibido debido a lo que estaba comentando: que MVM lo viste todo de densidad y de *collage*. Pongámonos en situación: Carvalho vuelve a su refugio de Vallvidrera tras resolver un caso, y allí se encuentra que han asesinado a su perrita Bleda. El asesinato está tangencialmente relacionado con la investigación, pero la venganza parece imposible, y Carvalho impotente se siente realmente afectado, entonces mira «hacia la ciudad iluminada» y se dispone a soltar una frase para la historia, del tipo «*alea jacta est*», «desde esas pirámides veinte siglos de historia os contemplan», «no habrá descanso para los malvados»,… Cualquier grandilocuencia hubiera servido, ciertamente. Pero Carvalho dice:

«—Hijos de puta, hijos de puta»

No una vez, sino dos. Alto y claro, y uno no tiene claro si se lo dice a los asesinos de la perra, o a los asesinos de Carlos Stuart Pedrell, o a toda la sociedad que lo acorralaba y que nos acorrala a todos, al mundo entero, tan lleno de «hijos de puta»… Luego claro, se toma «una botella de orujo helado y a las cinco de la madrugada le despertaron el hambre y la sed», y con esa válvula de escape en forma de las míticas hambre y sed carvalhianas, uno ya puede prepararse para la siguiente entrega de sus aventuras…

Alguien me podrá rebatir que el argumento de la novela nos revela a quién se refiere la particular injuria lanzada a la ciudad, pero me reafirmo en ver un mensaje más general: el detective se ha cansado de críticas y matices socioeconómicos, de perdonar la vida a macarrillas, amantes altivas o amigos mezquinos, no le queda más que la más pura de las expresiones: el insulto. Y a nosotros la media sonrisa al leerlo.

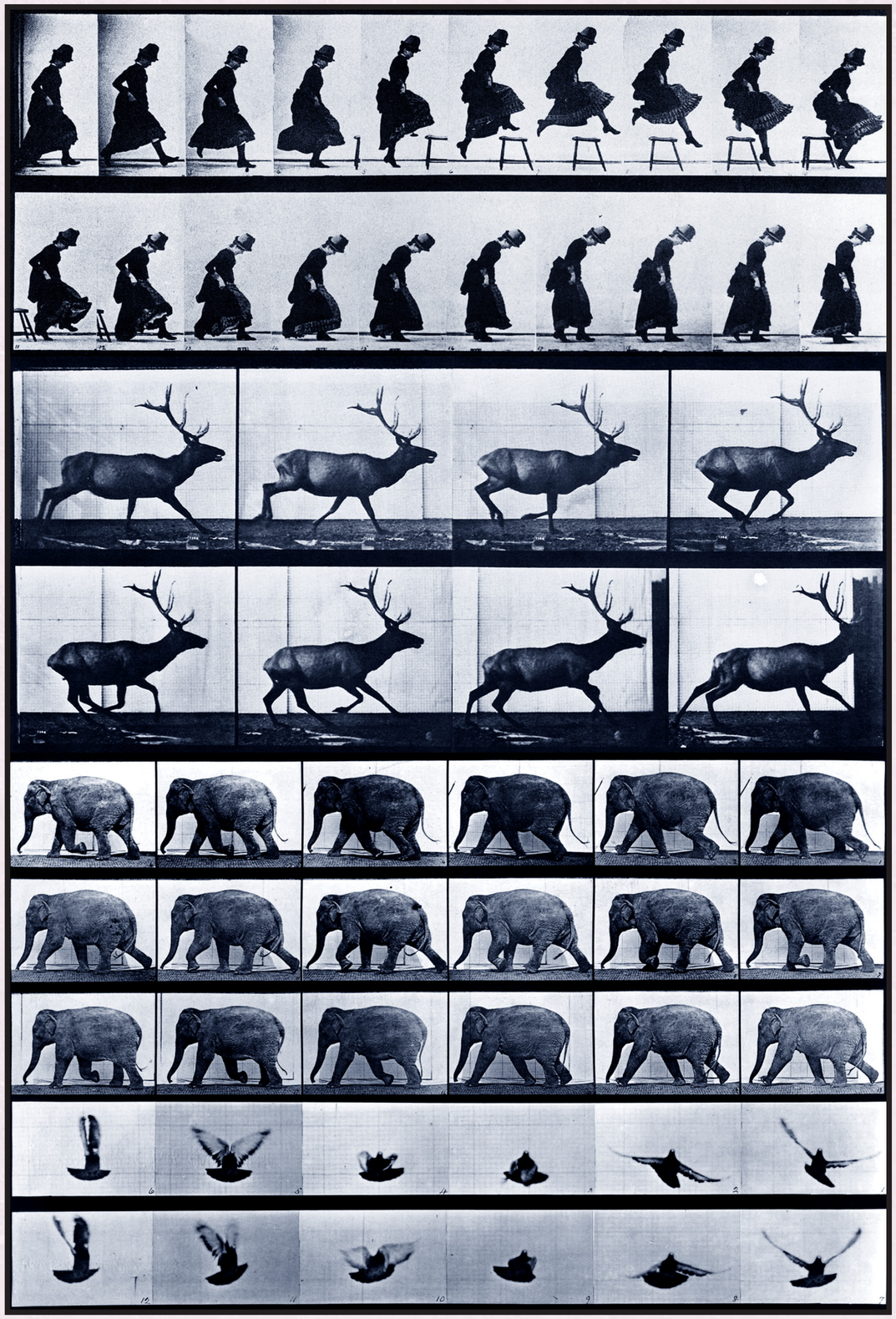
En todo caso, Carvalho sigue evolucionando en los ochenta y noventa, viaja más, ve también su ciudad y su país evolucionar, viaja mucho más… Tanto que el último libro de la serie, originalmente dos volúmenes y que fue publicado póstumamente, relata nada más y nada menos que una vuelta al mundo del detective y Biscuter. Para mí estos volúmenes, titulados como *Milenio Carvalho*, son un poco como el mismo autor diría (tiene un libro de poemas así titulado): *Liquidación de restos de serie*. No se me malinterprete, es una gozada leerlo, pero hay algún que otro segmento desafinado, básicamente por lo que he dicho antes: el delicado equilibrio entre las diversas facetas del investigador. En todo caso Carvalho vuelve a Barcelona, ya sin Biscuter, y finalmente es detenido por el inspector Lifante, pasado a disposición judicial y conducido a prisión. Es el último momento del detective tal y como fue concebido por su autor, y cabría esperar de nuevo una reflexión aguda o un inteligente giro final. Ciertamente, Carvalho va cavilando temas inmortales, la vida y el orden mundial, la globalización, todo eso tan rico que tiene en la cabeza y que nos ha desgranado durante el viaje, pero ante una interpelación del policía, antes de entrar en el furgón policial, echa un último vistazo al mundo que va a dejar atrás, a la ciudad que lo ha visto desarrollarse, a la sociedad que se ha creado durante tres décadas de casos e investigaciones y dice:

«—Que le aproveche»

De nuevo una última reflexión gastronómica. Qué gracioso y estimulante. Para nosotros, ni una gota de esperanza.

CAUSALIDADES

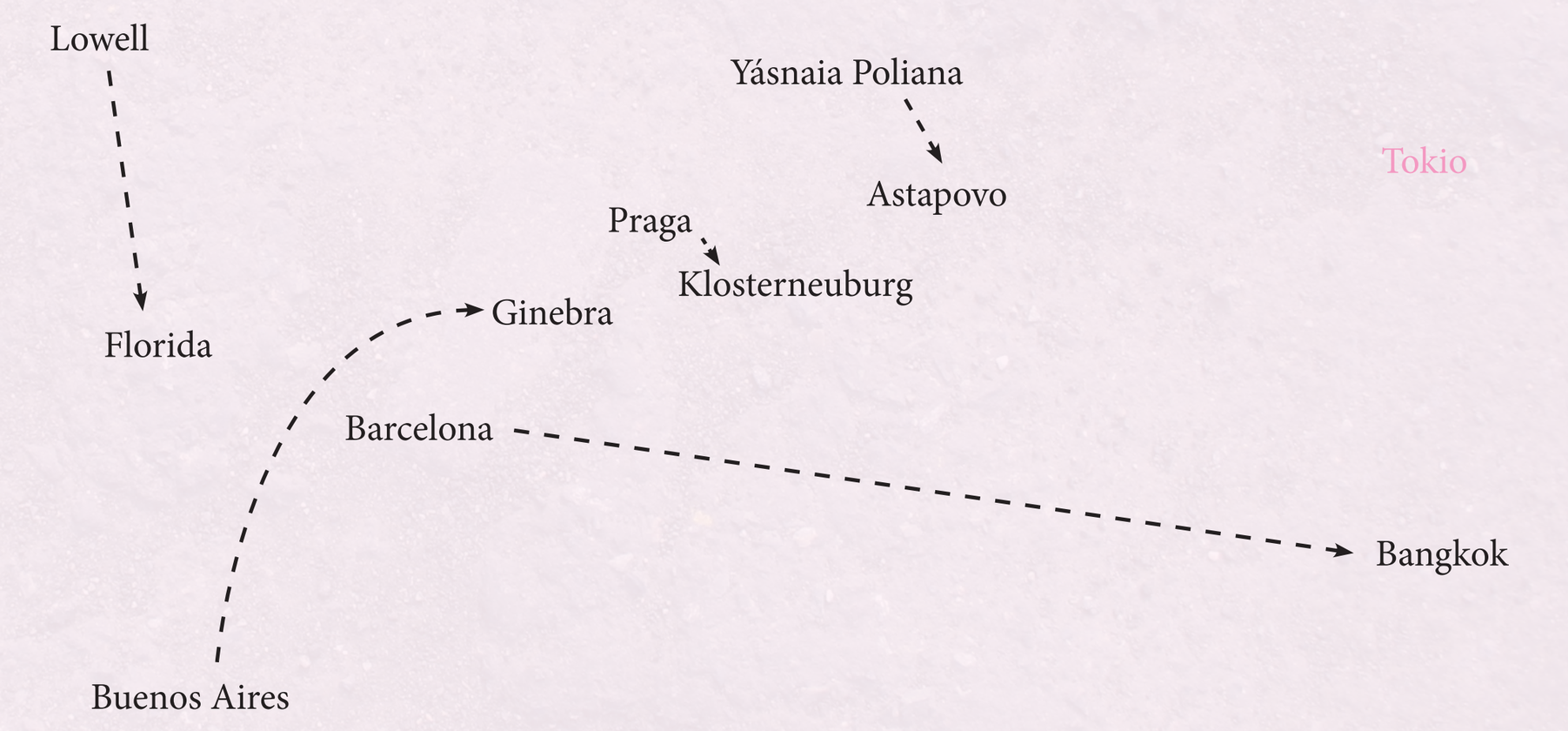
Dirá alguien que es casualidad. Nosotros en cambio creemos que se trata de causalidad. Primer número de Placer dedicado a Borges y se celebran numerosas exposiciones a lo largo del globo, la más relevante seguramente en su Buenos Aires natal. Claro, argumentará, esto era deducible. Qué menos en el 30 aniversario de su muerte. Sepa el lector que el Consejo Editorial desconocía dicha efeméride, pero es normal que desconfíe… Bueno, segundo número dedicado a Tolstoi, y se expone en Moscú el inédito epistolario del conde con sus lectores hispanohablantes. Hombre, esto tampoco es mucho. Bueno… Tercer número dedicado a nuestros ídolos, los Beats, y cómo no, exposición de altura en el Centre Pompidou. ¿Qué? Ahora ya empieza a ponerse nervioso, ¿no? Y en el cuarto, Kafka, y Acantilado publica una de las más monumentales biografías del autor de *La metamorfosis*. Podrá pensar en nosotros como oportunistas, y si existe reflexión pausada, acusarnos de ser poco más que yedras trepando y asfixiando los referentes literarios del siglo XX. La justificación normalmente es sierva de la culpabilidad, y sin embargo, huelga decir que nuestra moral, por precaria que sea («no jures por la luna que cada día cambia» –le dice Julieta a Romeo) nos impide hacer nada que conlleve réditos propios. Recibimos la benevolencia de las estrellas como vacas que miran un tren pasar. Casualidad no, causalidad retroactiva acaso. Y sí, es verdad, sin necesidad de realizar una búsqueda intensiva seguro que encontrará correlaciones parecidas con casi cualquier tema. Por ejemplo: beba cinco coca-colas diarias y sus niveles de azúcar estarán por las nubes. No, esta no. En este caso se trata de una relación directa y trivial. A ver esta otra: si un adolescente bebe alcohol, fuma, pasa más de 2 horas diarias viendo televisión y procede de un nivel socioeconómico bajo, su rendimiento escolar será menor (aunque acabe haciendo revistas literarias) que si no bebe, no fuma, practica deporte y va a una escuela privada. Mmmh, esta tampoco, ¿verdad? Busque usted, maldita sea. Lo que ocurre es que estos ejemplos son tan evidentes como el caso de nuestra revista, por eso no se nos ocurren otros. Igualmente, incluso si hace el esfuerzo relativo de buscar asociaciones que puedan parecer absurdas… Ah, sí, ahora nos viene a la memoria el bueno de Bill Murray y *El día de la marmota*. Pues resulta que cada año en Punxsutawney, en Pensilvania, cada 2 de febrero esperan a que una marmota salga de la madriguera, y creen que si al salir ve su sombra y se mete de nuevo en su casita el invierno durará seis semanas más. Vaya locos, ¿verdad? Hay veces que cabe echar en falta que penda la amenaza nuclear sobre nuestras cabezas de chorlito. Pero no nos desviemos ni nos entretengamos más. El caso es que si aún no está convencido («maldito necio cabezota» –con todo el respeto) presentamos la prueba definitiva. Hace unos pocos días, recuperándonos de los ágapes navideños, aún embarrancados con el prólogo y los primeros artículos, se publica en todos los medios que el escritor Carlos Zanón llega a un acuerdo con Planeta para continuar la serie de Carvalho. ¿Un milagro? Quizás sí… Porque la única conclusión posible es la siguiente: Placer es omnipotente. Ergo, el Consejo Editorial debe considerarse un Dios cuya conciencia infinita influye sobre el tránsito miserable y mundano de la humanidad, siendo esta pues sometida a sus designios arbitrarios. Sí, habrá quien sostenga que los dos individuos (esta vez casi tres con nuestro entrañable CEI) que conforman el Consejo son en verdad unos personajillos endiosados que se vanaglorian de un poder inexistente simplemente para alcanzar cierta notoriedad inevitablemente pasajera. Allá ellos. Nosotros ya hemos avisado. Algún día habrá un accidente y todo serán llantos.



PLACER

VIAJES DE GOZO Y PLACER

Manuel Vázquez Montalbán tuvo una sección en el diario *Tele/eXprés* llamada «Del alfiler al elefante», donde comentaba y analizaba de forma muy aguda el escenario internacional desde un prisma local. Una prueba más, por tanto, de su clarividencia a la hora de comprender el mundo. En todas partes nos ocurren las mismas cosas. Lo del metro que discutíamos antes. Sí, actualmente vivimos tiempos en los cuales se insiste constantemente en la pequeñez del planeta gracias a la comunicación globalizada. Y sin embargo, a pesar de esa cercanía, muy pocas personas son capaces de comprender lo que pasa, ni aquí ni en la otra punta del globo. Mucha gente ha estado por el mundo pero muy poco mundo ha estado en esas mismas personas. El viajero engullido por el turista, falacias románticas. Demagogia transcontineltal. Nosotros no somos distintos. De hecho, con un planteamiento falaz tomamos la decisión de abandonar el filo de la diminuta cabeza de la aguja en la cual vivimos y apenas nos sostenemos haciendo equilibrios para ir en busca del paquidermo perdido. Lejos, porque *a priorísticamente* cuanto más lejos buscáramos, más tardaríamos en darnos cuenta de la inutilidad del viaje y la búsqueda que conlleva. Y así hemos dado tumbos de un lado al otro hasta regresar a casa y vislumbrar una minúscula rendija por la que entrever y entender este nuestro mundo. Pero entre otras cosas, no tenemos ni paciencia ni entendimiento, por lo que nos lanzamos de nuevo a la aventura. Quizás por el camino tengamos alguna que otra revelación. Quién sabe. No somos muy ambiciosos. En cualquier caso, Montalbán fue un viajero empedernido y más que probablemente sus experiencias conformaron su lúcido conocimiento. Pero hasta aquí con la filosofía de café (ya en el prólogo tuvimos bastante con el cuñao existencialista). Nos vamos a Japón. Y allí nos despediremos con un ritual de muerte preciosista, ya lo avisamos. Temporal, claro. No se asusten. De momento, podemos prometer y prometemos un número cada equinoccio y cada solsticio. ¡Buen viaje!



CERDITOS

Mirando hacia la ciudad iluminada dijo:
–Hijos de puta, hijos de puta.
Se bebió una botella de orujo helado
y a las cinco de la mañana
le despertaron el hambre y la sed.

PLACER

emana de la asociación

La Mordida Literaria

y en este número han participado:

Cèlia Pujals (Una gastrobiografía)
Àngel Merino (Una aproximación personal)
Roby (Caricaturas)
David Pérez (Charo, Ditirambo y Tatuaje)
Dani Ites (Imagen de Abogado)
Presidente López-Canut (Una noche cualquiera)
Ramon Aumedes (Don Manuel, los chorizos y la revolución)
Pedro Vizán (Al sur de Barcelona, Análisis de la poesía y El desencanto de Carvalho)
Jandrus (Flotografías)
Alberto Carreño (Blanco y negro)
Esteban Barbaría (De la frustración a la victoria)
Arnau Quiles (Los pájaros de Bangkok)
Víctor Fernández-Dueñas y Marcos Pérez (casi todo lo demás)

Carme Ribas, Isabel Grau y Cèlia Pujals (Subcomision Hortografica)
Àngels Piédrola (Asuntos web)

agradecimientos especiales para:
Francisco Goya, Hansel Adams, Hiroshi Sugimoto, Eadweard Muybridge

Consejo Editorial:
Pedro Vizán (CEI)
Marcos Pérez
Víctor Fernández-Dueñas

placer@lamordidaliteraria.com

PLACER